

www.sixtosanz.com

CR – 84 - 2008

TITULO:

EN BUASCA DE LA FE PERDIDA.

sixtosanz@sixtosanz.com - 926429267

AUTOR :

SIXTO SANZ CABRERA.

SINTIENDO MI FE

Me vi de frente
y no pude,
quedarme quieto
al mismo tiempo;
me vi de frente
y supe

lo mucho que representabas
en mi vida ese día.

Me vi arrodillarme
en aquella grada florida,
tan joven como quería
ser yo un peón
de aquel ejercito
Como me decían.

Era paladín en mis entrañas
y en mi mente tenía
un pensamiento puro;

que me inculcaron enseguida

en aquel colegio de curas.

Sería como todos ellos,

el guardián de la fe;

y lo juré por mi vida:

¿Sabía yo lo que hacía?.

Lo hice por voluntad

de un entendimiento mío,

como era aquel

que me instruyeron

en las charlas,

en las charlas mis profesores

para que no lo olvidase,

lo olvidase en mi vida.

Salí andando caminos

por el Mundo desde entonces

y desde entonces entiendo

que hay algo en mí,

que me habla y me dicta

mi voluntad y conciencia

para seguir a la Cruz

detrás de ella por vida.

Pese a las vicisitudes y escollo
que se encuentre en el camino

en éstos tiempos

de zozobras y penurias,

para las gentes de a pié

y hasta para los de alcornias.

Pienso si soy un autómata,

que aunque mermado en mi fe,

sigo andando tras de ella;

que me mostraron aquel día.

Camino sin ninguna convicción

de que yo vaya a ser

el paladín que quería

ser, en ésa fe cristiana

y soberano como oía.

Creía caminaba yo solo;

pero cuando miré para atrás

vi un gran ejercito

que a mi me seguía:

Eran multitud de gentes

caminando por aquella vía,

por donde yo iba;

sin saber que todos juntos
dábamos fe de Cristo
y de su Madre querida.
“Gloria in excelsi Deis”,
en ésta tierra que hacina
tantas Almas y moradas
como hay en el Mundo
esperando redención
del Altísimo enseguida.
Me dio esperanza y tino
para andar aquel camino
con ilusión que hasta entonces
tuve metido en mi corazón,
que hasta creí ser un chiquillo
otra vez más en mi vida.
Presentí con ilusión
que no estaba solo en la senda
que me marca la razón,
de un perfecto caballero
andando por esas sendas
que me marca, a mí, Dios.
Sentí que no estaba solo,

sentí yo, ¡ay mi Dios!;
mas al sentir yo aquello
se me ensanchó el corazón
y el cerebro oprimido
se me abrió a la ilusión;
de que aquí estaba yo
para lo que quisiera Dios.
Sentí, y sentí la gloria
divina de la razón
y perseguí la senda
que me marca, a mí, el don
de ser cristiano y el Divino
me la marca con amor
de ser su hijo querido.
Sentía orgullo consigo,
en mi mismo corazón;
sentía lo que no sentía
otra persona en el Mundo
como lo sentía yo,
que mi Alma se elevaba
y mi Espíritu moría
por ese mismo amor

a mi Dios en cuestión.

Tan profundo se me metió
y con tanta convicción
el cristianismo recibido
de esas enseñanzas me dieron
al confirmarme yo;
que hasta el día de la fecha
siento algo, aquí adentro,
que me lleva y me llama
con una música celestial
por los caminos de la tierra,
siguiendo al Redentor.
Siento música celestial,
siento que yo lo siento
cerca mi corazón;
cantándome una balada,
al oído mi persona,
que lo siento, ¡sí señor!.
Me ha pasado como a todos,
miles de cosas tan buenas
y otras menos buenas de favor;
pero aquí estoy yo

con esa fe que profeso
desde niño, por ahora;
que profeso por amor
a ése SER indefinido,
a ésa Divinidad,
que aunque no le toco
ni le vea
le amo sin remisión.
¿Qué será el entendimiento
en la persona querida;
que cuando más lejos se encuentra,
más se amamanta su vida
para querer a la persona
que se encuentra perdida,
en el espacio y en el tiempo,
lejos, muy lejos de ti amiga?.

Amores hay que adivinas
en ésta tierra supina,
amores que hacen daños
y otros que dan la vida
aquella persona querida,
aquel Ser indefinido

que se encuentra cohibida
por no saber si la quieres,
o por no tener confianzas
en tu cariño de fuego,
en ese querer que te demuestra
al verte a ti afligido.

Éste otro nada esporádico
de tu mismo corazón,
sin saber por qué nació;
si fue por tu voluntad propia
o fue por intuición:

Pero que te conforta y relaja
ése SER superior
que tú has conocido,
sin hablarle, ni tocarle,
le amo a través de su Madre
con entereza y valor.

No se puede dudar
de ese cariño de amor
espiritual que te arde
muy dentro de ti,
de tu centro,

que te quema a fuego lento
y que te produce amor
hacia ése SER que te enseñaron
de pequeño en la Catequesis
y ahora eres tú quien te expresas
diciendo: Que hay Dios.
Nos dijeron, que como soldados
teníamos que ser ante las personas
y las gentes al oírnos
sabrían de lo divino;
y ahora con gestos puros,
con conversación celosa
explico lo que me dijeron
en las charlas del colegio.
¡Ave María!, con preces
me expreso yo al momento,
al oír yo hablar
de la Madre de mis sueños;
de ésa insigne Señora
que el Redentor nos dejara
para orgullo de la cristiandad
y para que fuese faro

de nuestras Almas.

¡Ave María!; con orgullo
en todo el Mundo demuestro
mi devoción a la Virgen,
a su pureza y encanto;
pues a través de Ella
a Cristo, más bien, llegamos,
a conocer sus virtudes,
sus amores y sus ganas
de a todo el mundo ayudarnos.

El Padre de todas las cosas,
de todos los seres vivos
y de los que aun no existen,
pero que en un tiempo futuro
existirán de buen grado.

Sus enseñanzas en la Biblia
nos dejaron los profetas;
por boca de el Altísimo
para que nadie creyera
que podía saltarse al trote
las escrituras sagradas.

Ser y saber estar

en el Mundo por ahora,
es primordial de las gentes
y el orgullo las personas.

Ser y saber estar
es ante todo
un hito en la historia;
pues si alguien habla de ti
bien en vez de mal
te honra.

Infinidad de cosas,
infinidad de seres
en la tierra por supuesto
hay con todas sus preces;
mas devoción mariana
hace falta a las gentes,
para que en sí crean,
no ya en la Virgen,
pues más bien crean
en sus mismos hechos,
crean en ellos mismos.

Una la de la tierra,
la otra la del Cielo;

dos madres a ti te asisten
por igual en ésta tierra.
No te fallarán ninguna;
las dos a ti acuden
cuando pides tú ayuda
con exigencia madura.
Acuden para ayudarte
en esta vida de amargura;
que aunque tengas tú realce,
hay más hechos que te agobian
que aquellos te provocan alegría
en un tiempo prudencial.
paso a paso, pasito lento
voy dando en el camino,
que el correr no vale
por si me puedo caer
y quedarme a medio destino;
pero con firmeza de preces
voy dando yo fe
de que hay algo grande,
más digno que las personas,
que ya es decir por ahora,

ayudándote a pasar
este trago indefinido.
Si veo yo a un anciano
le extiendo mi mano
para que no tropiece
y siga su senda
que le marca su destino.
Si veo a un animal
tiendo yo ayudarle
como buenamente pueda
para aliviarle su mal
que le aqueja y le oprime
al no poderse valer
solo, sin ninguna mano.
Creo soy igual que todos,
pese a mis actos nobles;
creo ser igual que ellos
al cometer estas cosas
que me valen para honrarme
y me eleva a lo grande:
Pero ante todas las gentes,
hagan o no hagan esos actos

en sus vidas por delante,
yo los hago y no me importa
esos actos tan nobles
que me sale de mi persona.
No me tengo más que nadie,
pero menos tampoco;
yo me siento uno de ellos
aunque mi signo sea otro:
El ayudar a las gentes
y dar sustento al desvaído,
al decirlos unas palabras
muy cerquita del oído.
Hermano, álzate y corre
con esa fe que te ayuda;
piensa en Cristo y en su Madre,
ya verás con qué alegría
acometes ese evento,
ese escollo que se pone
en medio de tu camino
no dejándote dar un paso
en esa senda angosta.
Ya verás como se quita

esa barrera en tu vida,
en ese camino estrecho
que marca tu senda perdida.

Yo trabajo, yo laboro;
pero con todo y eso
ayudo al que lo necesita:
Aunque más lo necesite yo,
ayudo siempre que puedo
infundido por el amor
que el Altísimo me infundió
dentro mi mismo pecho.

Una llama me salió
de mi cuerpo un buen día
que está provocando amor
hacia mi prójimo en vida.

Esa llama se extendió
por todos los que me rodeaban
al verme lleno de amor
hacia mi madre del Alma
esa madre que existió
hace bastante tiempo
y aunque no fue la mía

en realidad la estoy queriendo,
como Madre yo la veo,
como Madre de todos
los que existimos en la tierra
y la pidan que interceda
por nosotros con nobleza;
que desde el Cielo hable
a su hijo con vehemencia
hacia nuestras pobres personas,
por todos los que en la tierra
existe y existieron
con las que han existido ya.
Pero no solamente es pedir;
que también hay que dar
a Cristo, honor y bondad.
Ser blando pero firme
en el corazón del cristiano;
de aquel que tiene fe,
sin que le tiemble la mano.
Hagamos una piña ya
en nuestro pueblo soberano,
con nuestras gentes queridas;

de corazón noble y puro,
hagamos que nos entiendas
para evangelizar a las masas.

Pero al pronto recordé
que tenía que ser yo
el primero demostrarlo
a las gentes mi buena fe;
diciéndolos que hay Dios
en el Cielo y en la tierra,
que se encuentra en todas partes

Omnipotente Sempiterna,
majestuosa majestad
de soberanía cierta.

Que hagamos bien los hechos,
las cosas y descarguemos la conciencia
de aquellos que se oprimen
de pecados y de pajuelas;
pues vale ver la viga propia
que la paja ajena
en el ojo de tu prójimo,
alegrándote con ella.

Me fui a pedir consejos

en el confesionario más próximo,

diciéndome aquel cura:

Que mi disposición estaba

bien en éste Mundo;

pero que lo llevase a la práctica

y no decayera en el camino

de abrojos y de piedras.

Que había sendas angostas,

por las que tenía que pasar,

sin desvanecer en el empeño;

lo mucho que estoy queriendo

hacer el bien en la tierra.

¡Sigue!, ¡sigue!; y no te pares,

me decía el confesor;

sigue hacia delante,

ya verás como el Señor

te lo agradecerá con preces

llamándote para su causa,

su causa de ser mejor

tu Alma en éste Mundo

de vicisitudes y sin amor.

Quebró en el árbol la rama

aquel viento poderoso,
quebró tu voluntad a la fama
de ver tú los hechos
que el Altísimo hizo en la tierra
para conseguir salvarnos;
sin grandeza ni opulencia.
Igual debes ser tú ante las personas;
con ése Espíritu elevado,
pero humilde ante tu hermano.
No destaques ante las gentes;
como no sea para mostrarlas
tu fe y dar testigo de ella:
Diciendo, que hay Dios,
con templanza y fortaleza.
No dudes nunca decir,
que tú crees y crees con tensón
por haber visto tus hechos;
como fueron mucho mejor
que éstos, hacemos en la tierra,
ser paladín superior
de tu fe y de tu conciencia,
al publicarla ante todos

los que lo seguimos a Él,
y Él nos ama y conduce
por esa senda después.

Para que no nos desperdiguemos
como pollo que empieza a nacer.

Ser y ante todo ser
ese bastión en la historia
quedando en ella tu fe;
expándela por el Mundo
para que germine también
como semilla creadora
entre las gentes de fe.

Veo tantas necesidades
que por lo menos no puede
ser, nos quedemos impasibles

mirando a las estrellas
para que de ellas caiga algo
que se pueda comprender;

haz tú en ésta vida,
trabajar con honradez,
procura que los hechos
te realcen entre tus iguales

y se puedan comprender.

Trabaja elaborando
ese plan de tu vida;
para que de cuando en cuando,
tú sepas hacer el bien.

RECUERDOS DE MI PUEBLO

Ese mi amor,
ese mi Cielo,
esa la cosa
que yo más quiero.
Era mi signo,
mi entendimiento,
era mi vida,
el Mundo entero.
Creencias tenía
yo entre ellos;
entre ésas gentes
que son de mi pueblo.

Creencias tenía,
creencias entre ellos;
¿haber quien te diga?:
Le vi al tiempo
entre sus amigos
y el cura, es cierto.
Le vi en Acción católica
Biblia en mano,
Evangelizando a los del pueblo;
Pero también le vi
Saltar las peñas,
Subir los ricos
La sierra arriba
Y comerse una caldereta
Entre los olivares,
Allí en el Caño.
Le vi, le vi, le vi:
Te digan ello
algún buen día,
cuando el viento
sople a tu puerta
un frío gélido:

En aquellas noches frías,

glacial portento.

Cuando la ventana

suene con estrépito

por ese viento;

a tus mismos nietos.

Yo le vi y jugué con él

y al paso del tiempo

supe que hacía rayas

en un cuaderno:

¡Estaba escribiendo!.

Supe su historia

¿Pero y su pueblo?,

¿lo sabe, es cierto?;

que esas piedras,

de esas casas,

lloran por eso.

Alguna historia

nos cuenta alguien

como en un cuento,

sin saber que narra

hechos tan ciertos

como los que él cuenta

con gran portento.

Pero ahora te narro yo

todo este cuento . . .

. . . ? . . . pasaron los años;

pasó el tiempo,

paso a la historia

esto que cuento.

Camino viejo,

camino ancho,

camino estrecho

en donde había un molino

en la Bernagaleja,

allá en el río

con una tabla

de aguas dulces,

mas bien por supuesto.

Entre las medusas

mi flor se encuentra

bañándose en ellas,

en esas aguas

cristalinas y puras

entre la siesta:

Aquella chica
de piel muy tersa,
de cabellos grana
y cutis morena.
La vi en la linfa
nadar entre siesta
y por el Olimpo
los dioses se aprestan
ayudarla en el agua,
tan mansa ella,
que acaricia su piel,
su piel tan tersa
por tener la edad
de quince primaveras.

La vi allí
y no sé que me entra
en mis venas tensas,
ese hormigueo
corriendo mis tripas,
de arriba a bajo
no sé qué entra;

cuando divisa

un chico a su chica

bañándose en el río,

en las tablas aquellas

de la Bernagaleja.

Y entre sus juncos,

su ropa extiende

la chica esa,

y el chico pone

todo su empeño

por verla a ella.

Allá más adelante

una señora lava

todas sus prendas

y en sí las trae

en la cabeza,

en una artesa,

para que respiren

y se sequen a cuesta.

Ese camino entre rollos,

entre culebras,

lagartos y sapos

anda erguida ella;
esa señora
con la ropa a cuesta,
y ya en el pueblo:
¡Vivan las fiestas!.
Bullanguera y fluida
la calle entera:
Dame unos barquillos
y a mí una piruleta;
a la “barquillera”,
al bueno de Nemesio;
¿Haber qué mercan?,
éstos muchachos
estando en fiesta;
pues los mayores
con una cerveza
se sientan en los veladores
toda la siesta
y hasta por la noche
se toman su chato
de vino en ella,
en esa fiesta.

¡Qué años aquellos!,
en cuanto los carros
aparecían en la plaza
trayéndoselos a cuesta
esos mozos fornidos
que hay en ésta,
en ésta villa;
como tú quieras.
Amanece temprano,
después del baile
y en el pilar
tiran al beodo
para después contemplar
y así empapado
de agua fresca
él se despeja
para seguir la fiesta
a todo ritmo;
para estar en ella.
Entre el día vamos
todos los jóvenes
al palacio;

pues están obrando una casa

y desde una pared

nos tiramos a la arena

que allí se cierna.

¡Qué va!, ¡qué va!;

aquí no termina

toda la gesta

que hicimos en la juventud

en ésta villa

que es la nuestra.

Desde el Palacio nos vamos

al Cerro Gordo

y en una cuesta;

entre pizarras y arroyo

allí se encuentra

una pared recta,

que por aquello del fatuo

más bien se apresta

sea cosa de brujas

y de quererte

decir a ti algo

del más allá

en esas piedras

llamadas, “El Castilla Montalbán”.

Pues siempre hay un algo

en qué pensar,

éstos los pueblos

con su bondad.

Pero como los nervios

son muchos

y el Alma tensa,

salimos corriendo

para ver el huerto

de la señora Mada

y el tío Vitorino en ella

está cavando canchalis

para sembrar las patatas

y comerlas con alguna presa.

Como el convento está cerca

y como sentimos el fatuo

todavía metido en nuestro cuerpo

nos entramos en él

sin ninguna puerta:

Observando la Iglesia

de templo altivo
y de fe tan cierta.
Allí la prensa,
adjunto a ella
a ésa Iglesia;
en donde la caballeriza
hizo su aparición
y ahora unas pilas
reciben las aceitunas
para su molturación.
Dentro un molino
con buenas piedras,
la prensa esa Don Bernardo
y allí se ve
la sala de Armas
con su capitel.
¡Qué tiempos esos!;
pues a mano estaban
las sepulturas
donde se enterraban
aquellos mojes,
con su coraza.

¡Qué tiempos esos!;
en donde vimos cantar,
en esas pilas,
en las caballerizas
lo mejor que había
de cante y copla:
¡Vivan las fiestas!,
aquí ni hablar.
Todos con sus sillas
a cuesta íbamos
para oír cantar
al Pinto, al Niño Marchena,
a la niña los peines,
a la niña la Puebla
y a alguien más;
porque a Valderrama,
a Antoñita Moreno,
Marifé de Triana
y Antonio Molina
ya fue después:
Cuando hubo cine
en un local.

Las gentes alegres
salían de allí,
con una cara
de felicidad
y todos juntos
formábamos una piña
con hermandad.
¡Qué tiempos aquellos!,
de felicidad,
en donde una peseta
no valía nada,
pero para gastarla
había que sudar.
Compraba esto,
compraba lo otro
y mucho más,
sobrándote unos céntimos
en un real.
Por la mañana,
en la plaza,
los puestos, venduje,
se hacinaban

vendiendo la carne

la tía Eufemia,

e higos buenos

de las higueras

de nuestra sierra

el tío Miguel “El burrillo”

los vende ya.

A donde el tiro

al pichón tiramos

entre esos puestos

de carne fresca

y de hermandad.

¡Qué tiempos esos!:

Donde se apresta

con humildad,

todas las gentes

ayudarse presta

con su bondad.

casi medio pueblo,

aquí se dan:

Lo típico de todo;

los aceituneros

de las Peanas
con los burros
y bestias
por el camino,
andando lento
allí que van
y luego vienen
con sacos de aceitunas
para la prensa,
el almazara,
cantando altivo
en buen compás.
¡Que salte!, ¡que salte!,
ellas decían,
algún buen mozo
que hayan visto
pasar por la calleja
en la sierra y detrás
de su burro
y sin pensar
en nada el pobre;
pero nada más que le veían

al mozo ese:

¡Que salte!, ¡que salte!,

decían ellas

sin pestañear.

Llegamos al pueblo

y todavía recuerdo

en aquellas fechas

donde vendimiamos

la viña entera;

dos teníamos

y otra a media.

Así los tractores

llegaban a casa

y depositaban

la uva esa,

cogiendo los racimos

todas las gentes que habían

allí cerca,

tirando el escobajo

para su quema.

Aquellos conos que olían

a heces puras

y a cosecha.

Hervían, hervían

esos conos

en la bodega

y cuando pinchábamos

el mosto salía

por la tapina

a media entera

y para que saliese el mosto

metíamos una paja

reteniendo las heces

en la bodega.

Esas heces, se dejaban al aire

para que se picaran

y echando agua,

así sacábamos

un buen vinagre

y por reciclar

reciclábamos un jabón

que quedaba el cutis

más liso y puro,

más blanco que la nieve

y las manos mas sedosas
que el mismo algodón.
Y con los higos y heces
hacíamos un aguardiente
con un alambique
a fuego lento,
que eso sí es
aguardiente de orujo;
entre higos y heces.
Amansando la harina
y cuando dormidos
los bollos
se llevaban al horno
de la Simeona
y con una vara larga
se los daba la vuelta
sacando el pan
candela, de ella,
de esa lumbre
metida en el horno
estando echa.

También se masaba

para hacer el bateo
y se cocía
para hacer el arrope
en la cocina,
sabor tan dulce
no he probado
con las galletas
y las rosquillas,
con las estrellas
y canalones.
Sabor tan dulce
no lo había;
y hoy es cierto
que para probarlo
tenemos que comprarlo
por no hacerlo.
Galletas y mantecados
en las bodas buenas,
se daban a manos llenas;
una garrafa de vino
con algún puro,
muchos cigarrillos

y ¡vivan los novios!,

en esa fiesta.

Las noches pasábamos

a prao,

en una camera acostado

en una parva

en la era,

llenos de espigas

y paja

por todo el cuerpo

moreno.

Y por el día espigando

lo pasaban las mujeres

en el Sevellar,

por cierto

con unas calores

que parecía se caía

el Sol por todo lo alto.

Qué bonitas las muchachas!;

cuando a la puerta

se asoman

en primavera en sus casas

y qué bonitas

son sus caras;

irradian bellos colores

para adornar la mañana.

Andares suaves de seda,

manos de purpurina,

cabellos de una diosa

y su mirada embelesa.

Qué bonitas las muchachas

en medio de éstas fiestas;

y cuando no hay jolgorio,

también irradian belleza,

esas chicas tan preciosas

como tiene mi pueblo

metida en toda su historia.

¡Viva Orellana, la Vieja!;

que vivan todas sus calles,

su folklore y sus costumbres

de gentes saben hacerlo;

pues Orellana es:

“La Capital del Mundo”.

LA SENDA

Aquella senda
me marca
mi destino en la vida,
aquel camino tan recto
como eran las enseñanzas
que me implantaron
con buen tino
aquellos sacerdotes
con platicas en el colegio
hablando de pureza,
de paz en el Espíritu,
de gozo interior, por dentro,
y de la fe mis mayores.
Era un mozalbete,
era todavía un crío;
cuando me hablaban así
en el colegio metido

de interno en sus aulas,
de paz y buenos caminos.

Curso tras curso daba
una semana de espiritualidad,
de Ejercicios Espirituales,
un acto bien ritual.

A veces dábamos
hasta dos
Ejercicios Espirituales
en aquel curso superior;
en el que me hablaban
de amor
con mucha fraternidad,
bondad y perseverancia
en la fe cristiana,
católica y con serenidad.

Aquellos días marcaron
mi Ego hacia lo cristiano,
aquellos días me hicieron
creyera en la fe aquella:
¿Pero hoy, qué me marca

éstos tiempos que corremos,

que corremos detrás del dinero?.

Aquellas enseñanzas
se evaporaron,
se evaporaron sin celo
para propagar por el Mundo
la fe que me impartieron.
Si del bienestar y gozo,
de delicias en la vida;
como hay tantas ahora,
de tener o no tener:
Coche, casa y señora.
¿Qué quedó en mi persona;
qué quedó, ¡OH!; Mi buen Dios?,
si mis pasos por la tierra
se dirigen a la consumición
que la propaganda
me hiere;
de tanta como anuncian
en periódicos y “Tele”.
¿Cuál es mi camino, Señor?:
Si el seguir por ese valle
de abrojos y espigas,

o dejarme arrastrar
por esa fuerte corriente
de placeres y vanidad.
Seguir y seguir la senda
que nos marcó Cristo,
con los Evangelios Sagrados
haciendo en nuestro camino
el bien a todos los nuestros,
al prójimo
como a nosotros mismos.
Buscando la senda perdida,
esa fe que se me fue;
ese camino de espina,
pero luego nada en el,
un miedo atroz
en seguirlo,
pues hasta solo yo me veo
en la senda mi destino.
Salid del armario he dicho,
que también hay por ahora
otro armario definido
para el que siga esa senda

que nos marca, siempre, Cristo;

es como salir de el,

a solas con tu conciencia

y hasta a veces puede ser:

¡Te dañe tu Alma

en esa cuesta,

en esa cuesta de fe.

Abres la boca con miedo

para pronunciar palabra;

y cuando lo haces,

con eso de: Dios lo quiere,

te ves hasta de otro Mundo

entre todas las mujeres,

entre tus amigos queridos

y tus amigos te pierden

sólo, en ese valle

de lágrimas y alfileres.

Pero cuando vuelves a pronunciar,

palabra indefinida;

de cómo está la lealtad

a Dios y a las creencias;

todo el mundo se echa atrás

no queriendo escuchar
esa plática, miseria
para ellos no hace nada
ese seguir al que no ven
y te exige sacrificios,
en éstos tiempos de ensueños.

La masa te lleva
para caminos diferentes,
en donde se ve
el acopio
que hace el presente
de riquezas y dinero,
donde se gana bastante
como para obtener
todas las cosas
que te hagan vivir
una vida de confort.

También se ve la oposición
que te hace la sociedad
si tú quieres hacer algo
que se pueda respetar
y no digo yo si es,

esa cosa que tú haces,
una cosa de verdad;
que por lo menos sirva
a la inmensa sociedad:
Entonces aquí terminaste
pues lo que te pueden ayudar,
en sí, no lo hacen.

Envidia, rabia verás
a tu alrededor constante,
recelo y odio al instante
que tú quieras destacar,
aunque no hayas pensado
hacerlo por vanidad,
tan solo por tu trabajo
aunque no pienses nada más.

Rencor, rencor y celos
hacia tu persona verás;
hasta que tú dejes eso
que has empezado ya.

Si quieres vivir contento,
ante la masa del pueblo;
de vez en cuando dirás:

Yo de eso no me acuerdo.

O ahora que me acuerdo . . .

¡Sin hacer hincapié en ello;

para más tarde emitir

como un sonido en tu garganta

de esos que hacen los burros

en el establo comiendo.

La masa te alardeará,

te invocará como a su ídolo

haciéndote un pedestal

de fragancias y de flores

y al andar tú pisarás

esos pétalos que digo

y tu nombre brillará

más que el Sol

y las estrellas

en ésta tierra de ilusos;

así la vida se te dará.

Me agacho yo al suelo,

viendo todo esto

al presentir esa gloria

del imbecil inmortal

para ver si esa fe
se me ha caigo presto
y la pueda encontrar.
No desistas en buscar
esa fe por todo el Mundo,
que al correr de los tiempos;
esos tiempos ya pondrá
a cada uno en su sitio
y verás como encontrarás,
pese a tanto improprio,
improvisando la historia
tú la puedes encontrar.
Te cuento todo esto,
tal como se da;
para que no huyas,
corre a buscar tu fe ya.
Aunque tengas tú riquezas
por esa daga infernal,
al ver que todo es ficticio
no sintiendo esa alegría
que podías tener junto
a tus posesiones, ¡ni hablar!.

Posesiones, posesiones,

gozo y bienestar;

si también sientes un agobio

que no te deja ni hablar,

ni respirar ese aire

tan viciado en el olvido

y arrancas tú a llorar.

Levántate después de agachado;

ya verás como al erguirte

ves que en tu ser se ha metido

esa fe que vas a enseñar

a todas las gentes del Mundo

evangelizándolas y en paz.

En paz de querer la gloria,

en paz se amar al Señor

y en concordancia todos juntos

veneramos al Redentor.

No te asustes

porque te expongas

los hechos tal y cuan se da en la vida;

esos hechos que he narrado

sin modestia y sin que te oprima

ese pensamiento puro
tu ser amargo en la vida.
Hay cariños que matan,
otros que aprisionan
y dan pena;
hay cariños que embelesan
y te glorifican tu pena,
esa que llevas metido
muy dentro de tu conciencia.
A veces por ese cariño,
que te ciega a penas
ves el camino expedito,
ves tú esa senda
que te acoge y te lleva
a buen puerto tu destino,
que te indica tus pisadas
por dónde deben ir por ahora,
y aunque no haya camino
tienes tú tu conciencia,
que te dicta rectitud
para tu persona en la tierra.
Amparo del buen Señor

pides tú, ya, demencia;
a esa excelsa figura
la pides tú con conciencia
que te dicte esa senda,
ese camino elegido
por tu Alma y por tu esencia
pura en las creencias
de nuestro Padre y de Cristo,
aquí andando en la tierra.
Hay sinsabores en el cariño,
hay cariños con flores,
hay otros cariños
que te hacen revivir
de entre tus cenizas a flote.
Pero hay un cariño,
que es el cariño la madre,
la madre de todos hoy,
mañana y siempre será
para ti ese cariño;
un cariño inmortal.
Con la Madre de Cristo voy
por el Mundo a deshora,

cantando sus preces estoy
a las gentes que la adoran
y a las que no la adoran las doy
paciencia para comprender
que esa Madre nos acoge
a todos como a hijos;
pues hijos somos de Ella,
si la tenemos fe.

Ten devoción Mariana,
que la Virgen ha de ser
tu guía, tu salvadora,
tu estrella que has de coger.

Y a través de ésa Madre,
por su cariño y bondad;
llegamos, también, a su hijo,
a su Excelsa Majestad.

Digamos que Cristo es Rey,
que el Hijo se hizo patente
en éste Mundo de sufrimiento;
pero que Él nos enseñó:

Que Rey de reyes fue Él.

¿Entonces por qué seguir

a un completo envacuador,

aquí en la tierra;

Si su Majestad nos enseñó

Que le debíamos seguir a Él,

Con sus enseñanzas y fe?.

En esta zozobra estoy;

casi perdida la fe,

en esta zozobra voy

por los caminos de ayer:

Casi cuando perdí tu creencia,

no sabiendo yo qué hacer.

Por todo esto que te he contado

y otras cosas que te contaré,

en otros escritos más tarde,

en otros renglones que eché

un borrón en esa historia

al no saberte comprender.

¡Perdóname, ¡OH!, Dios mío!;

perdóname, que yo sé

que tu eres la luz del día,

la estrella que he de coger,

ese faro que me alumbra,

esa guía superior;
mostrándome, tú, tu amor,
en cuanto nos distes, Dios,
ese cariño Sagrado
del Altar en ésa iglesia.
El cariño del Sagrario
comulgando con tu cuerpo
y recogido en Espíritu;
así luego yo presiento
reciba en mí esa fe
que perdí yo a deshora
por no saberte comprender.
Perdóname, ¡OH!, Dios mío!;
perdóname, pues tu fe
se me ha hecho por ahora
una luz matutina
en mi frente y en la aurora
de mi vida enfermiza
de fe, por no poderte querer.
Te quiero, ¡OH!, Dios mío!;
te quiero y digo ahora
lo torpe que fui en el Mundo

al dudar de tu persona,
de esas enseñanzas de Cristo,
de esa luz que nos guía,
que nos guía a todas horas.
Dudé; pero ahora yo creo
para poderte querer,
dudé; pero ahora contigo
hago un bastión de la fe
en el Mundo,
para proclamar la fe.

Lo he logrado, ¡OH!, Dios mío!;
lo he logrado por la constancia
para buscar esa fe,
que tú nos distes antaño
y ahora la vuelvo a encontrar,
no dejando a todas horas
buscarla yo con lealtad.
La encontré, la encontré,
donde menos se puede creer,
la encontré en esas cosas;
que no son opulentas,
ni relevante en el Mundo,

la encontré yo en algo más humilde:

En esas cosas que se ven
todos los días cotidianas,
que por ser tan simples
no se echan, luego, a ver.

En lo más humilde la encontré;
entre las gentes y sus hechos,
en la calle la encontré;
la encontré yo en lo cotidiano
que he dejado querer.

¡Aleluya!, ¡aleluya!;
yo en ello la encontré,
encontré yo mi fe
entre mis buenas gentes
sin pensarlo la encontré.
¡Un canto en la historia
he hecho
por encontrar yo mi fe;
un canto que me haga ver
lo grande que es tener fe.

CANTAR

He buscado a todas horas,
he buscado yo la fe;
entre las gentes en la aurora,
en el equinoccio del día,
he buscado yo la fe
y allá a donde no creía
sin pensarlo la encontré.

ESTRIBILLO:

¡Aleluya!, ¡aleluya!;
he vuelto yo a comprender
que la fe es por ahora
ese faro que se ve,
irradiando a todas horas
esa luz, que es la fe.

Con esta canción me alegro
y canto a mi buena fe
que llevo yo en mi pecho
no pudiendo comprender,
el por qué la perdí un día
entre las gentes que me enseñan,

que no se puede ni creer
en tu padre; cuanto menos
en alguien que tú no ves.
¡Aleluya!, ¡aleluya!;
pues sí que hay que creer
en esos hechos en la vida,
aunque tú no los puedas ver.

En esos hechos yo creo,
y creo que tú también;
por esto que te he contado,
sin alarde de enseñar,
creo que tú la hayas encontrado:

Encontrado tú también.
Agarrante fuerte al cuento
y di conmigo después:
Cristo nos ha enseñado
a ser buenos y a creer.

LA SOCIEDAD

La sociedad es buena

siempre que te lleve bien

por esa senda en la vida

y te sepa comprender:

No es que tú la comprendas,

es saberte comprender

y llevarte en la vida

como una persona digna;

digna y grata en bondad.

Admite tú las razones

de esa misma sociedad,

admite, también, sus Leyes

y verás cómo te va;

con una vida regalada

de ensueños y caridad.

Admite tú esas Leyes

de tu misma sociedad;

pues si no las admites

te puede ir hasta mal.

Los Estados tienen Leyes,

tienen costumbres y además

tienen, también, su folklore

para poderse diferenciar

de otros Estados en el Mundo

y poderse igualar

en competiciones altivas,

para poder competir.

Tienen, también, los Estados

sus fiestas en cada pueblo

y los pueblos se engalanan

de alegría y consuelo;

se contratan toreros,

a cantantes y cantores

se tiran así al ruedo.

Entre, ¡vivas! Y ¡ole!;

el fandango se despierta,

se tira una toná,

se eleva una plegaria

a lo alto de ese Cielo

por medio una procesión

que seguimos a ese dueño;

ese dueño es el Señor.

Tal vez será la señora

en otros pueblos vecinos;

pero cada pueblo adora

a su Santo por destino.

Y qué bien se siente uno
cuando se cumplen estas cosas,
qué bien se queda tu Alma
en esa fiesta inmortal;
pues nosotros nos iremos
y en la tierra permanecerá
esa fiesta implantada
hace tiempo, tiempo ha.

También quedará el cariño
de esas personas para su pueblo;
para sus costumbres

y folklore,

para su grato recuerdo.

También quedará gravado,
en una cámara esos juegos,
esos actos que yo entiendo
sean sanas costumbres
de éstos grandiosos pueblos.

Sana y graciosa vida,
en éstos pueblos, los nuestros;
con graciosa entrevista

de algún pariente lejano,
hallen de los mares buenos;
pues ha venido a la fiesta,
Hallen de los mares ha venido
ese nuestro paisano;
para pasar las fiestas,
de su pueblo se ha acordado,
poniendo una vela al Santo,
al Santo de su devoción
pidiéndole concordia y paz
para su Alma interior.
Tal vez alguna lágrima
al suelo se le cayó;
tal vez alguna lágrima
al suelo se le derramó,
como se derrama esa esencia
pura néctar de la vida
al sentir esa presencia
del Santo y enseguida
un Padre Nuestro rezó.
¿No te dice nada esto,
no te dice que el Señor

te lleva por senda segura,
no te dice que es de amor
ese camino que emprendes,
que emprendes tú con el Señor?.

¿Qué no te dice nada
estos hechos,
estos hechos de amor;
entonces qué te dice
a ti los hechos del corazón?.

Si hasta hace poner
la piel de gallina
y los pelos todos en punta
al ver a los tuyos seguir
detrás de su Santo altivo
rezando y con ilusión.

¿Qué te hace a ti moverte,
se te ablande el corazón;
dime que hechos hay en la vida
que te llenen de verdad?.

Si con estos no se te mueve
ese Espíritu que llevas
metido dentro de ti;

si tu conciencia

te dicta:

Que todos somos así,
siguiendo por esa senda,
ese camino recto
que te marca la conciencia
para que tú puedas ver
esa luz que arde adentro,
llamada, también, fe.

Que no se te ponga la cara
rosada por el vino;
que se te ponga de rosa
como el que siente
el que cree
en esas cosas del pueblo.

¡Qué te mueve a ti, muchacho!,
¿qué te mueve a ti, la fe?;
no me digas te mueve algo
que no lo puedes creer.

Si ves a tus paisanos
movidos por esa fe
y tú de piedra tienes

las fibras del corazón
al no seguir a ése Santo
detrás las andas, ¡señor!.
Breviario en mano puesto
el cura raza y raza;
para entonar más tarde
un canto exaltando los valores
de ése Santo que tu pueblo
sigue echando loores.
Que me perdone aquel otro
que tiene bastante fe;
que para él no va nada,
ni tampoco yo he dicho
alguna cosa de él.
Que no se moleste nadie
porque regañona eché
a éste otro individuo
carente de alguna fe.
No te pongas tenso conmigo,
que yo no te he querido dañar
a tu Alma a tu Espíritu,
a tu Ego, como fue

me entendieras ahora
esa plática que eché
a esos individuos
carentes de alguna fe.
Si al correr el tiempo
ves algún acto en sociedad
que te llegue y te eleve
esa buena voluntad
para predisponer tu ser
a que pienses por ahora:

De dónde vienes
y a dónde vas.

Ese acto te demuestra
que tú eres como los demás;
sin ser más ni menos
a las reglas te has de ajustar,
pues ya ves que algunos hechos
te predisponen al bien,
te relajan y te llevan
por el camino más justo,
por esa senda perdida
que hace tiempo no la ves.

Dirige tus pasos a ella;
a esa senda de amor,
dirige tus pasos sin verla ella
dentro de tu ser atormentado,
pues ya ves que vida bella
se da dentro del seno de hermano.

Al principio te demuestras
un poco insatisfecho;
más tarde se va acoplando
tu Espíritu a ellas,
a esas enseñanzas,
a esas ataduras

que ese medio te enseña
a llevar el Alma pura,
a quererla con nobleza
a esa Madre tan Santa,
a la Virgen de los Cielos,
a la Madre de Cristo,
a esa Madre que en su seno
acoge a todas las Almas
para cobijarlas luego.

Quiérela tú con bondad;

que es la Reina los Cielos,
es tu luz, tu guía;
tu salvación, por supuesto.
¿No ves en los pajarillos,
como pían y comen;
quien los echa a ellos algo
para que se sustenten
y vuelen a su nido
por la tarde,
juntándose en bandadas:
Es que no ves tú algo,
es que no ves un orden
que llevan todas esas aves
tan perfecto y tan cabal
que son dignas de admiración
en el instinto en que se dan?
Templanza has de tener,
con las cosas de los Cielos;
templanza has de ver
en todas las cosas se dan
entre todos tus iguales,
tus iguales, por supuesto.

¿Qué no ves tú nada igual
en éste Mundo insensato?;
párate a contemplar
dos hablando en la calle
y ya verás qué bondad
hay entre esos interlocutores,
ya verás con qué primores
esas dos Almas están.
Piensa, un rato por ahora,
si te paras tú hablar
con otro ser en la calle;
como le ríes las gracias,
o tal vez una regañona
le vayas tú a echar
por ese acto no recto:
Es lo mismo, qué mas da,
si se termina luego
pensando que hay más
de qué hablar entre ellos.
Eso es rectitud,
eso son unas reglas
que te marca la sociedad;

para que tú luego
las vayas a contemplar:
Las aceptes y las cumplas
entre todos los demás.
¡Es lo mismo, qué más da!;
si son esas reglas u otras
que te marque la sociedad:
Si cumples unas;
cumplirás, también, las otras
sin agobio ni espaviento,
sin opresión en tu pecho.
Te redimió el Altísimo,
te redimió desde el Cielo;
y su Hijo hizo el resto
al morir en la cruz
su Padre perdonó por entero
a las Almas de éste Mundo,
con cariño y con esmero.
Si esa Sangre derramada
por completo por el suelo,
no te mueve a pensar
por qué murió el Hijo,

ese día inmortal,
en el Gólgota, en la cruz,
por qué murió,
¡que no me entero!,
y por qué eres así tú:
Tan despegado y altanero
ante esos hechos ciertos
y no se te mueve el sentimiento
para pensar en la cruz,
en su camino y sufrimiento
que padeció ése Hombre
en el Calvario, te cuento.
No quiero obligarte a nada,
no quiero yo molestarte,
ni si quiera quiero dañarte
tu sentimiento apóstata;
lo que sí quiero
me escuches por ahora
esto que yo te cuento,
ésta historia de verdad:
Que eso sí puedes hacerlo.
¿No ves a los demás;

no los estás tú viendo?:

Pues si crees en las personas,

en la Biblia, en sus pasajes;

ánimate, que ya ves

que esfuerzos no hay que hacer

en esas cosas tan dignas.

Anímate tú con fe

en esas cosas que digo;

que te cuentan las Sagradas

Escrituras en la Biblia.

Hay actos en la vida

que no se los puede

echar de menos

y se los ve enseguida

por sus mismos hechos,

que son muy buenos.

Pero si no te enseñan

las personas;

por lo menos los animalillos

que existen a todas horas

cerca tu misma persona;

que te enseñen ellos a ver

lo que más importa
en ésta vida escoger
y dejar lo que no importa.

Ya ves como en pareja
viven éstos animales
y cómo se dan cobijo
unos a otros en su guarida,
en su camada o nido.

Sean de plumas o pelo,
sean de escamas o alas;
éstos animales te enseñan
lo que no te enseña nadie:

A querer y a amar
a su pareja con agrado;
por lo mismo agradecer
a esa pareja con encanto.

Hay en el Mundo quien ama,
quien adora a su prójimo;
pero su pareja le estorba
al cabo de un tiempo muerto.

Muerto ese cariño;
al paso de ese tiempo;

ya no aman las personas,

contrarias a los animales:

Que aman después de muertos.

Yo no digo que así todas

sean las parejas en el Mundo,

que hay algunos que adoran

a su fiel esposo o esposa,

recordándola, también,

después de muerta la persona.

Se pasa calamidades

en algunos hogares,

se pasa hambre y frío;

pero con todo y eso

se quieren uno al otro

como nunca ha querido

a su pareja y no a otro.

cariño, querer y amor

son tres virtudes en la tierra,

eso se puede ver

en algunos hogares

que cierran

sus puertas a los demás

para abrazarse

y besarse

contentos como cualquiera.

Todo el que vive

de esta manera,

se le produce una llama

dentro su corazón,

que respira con frecuencia

ese aire superior,

ese aire de prepotencia.

Todo el que ama así,

tiene ascuas en su pecho

que le incita a levantarse

y dar saltos, por supuesto,

diciendo: Yo estoy aquí

para afrontar cualquier cosa,

para ayudarte y guardarte

en mi casa por ahora.

Yo estoy aquí, ¡OH!, Señora

guardando dentro mi casa

esa urna de cristal

donde te veo yo la cara

y tu figura graciosa.

Yo te rezo un Ave María,
un Padre Nuestro, contento
y me siento superior
por haber querido luego.

Veo en ti esa gracia,
que derraman tus bondades,
veo que tu amor se da
por esa gracia del Cielo,
por ese resurgir de Almas,
con Espíritus contentos.

Veo y también veo
que llegamos a Él,
a ésa otra persona;
pues su nombre ha de ser:
Cristo ante todas las cosas.
Estoy viendo y presintiendo,
estoy palpando la historia,
pasada, presente y futura,
que aquí no termina la noria
de sacar agua del pozo;
de ese pozo interminable

como es el de la fe,
que nos inculcan
nuestros mayores
y nuestros Obispos, también.

Veo, puedo y quiero
quererte a ti por entero,
adorarte y a implorarte:
Que el Mundo sea más bueno.

EN EL TRABAJO

Volando, volando, volando
mi pensamiento estaba;
volaba, volaba, volaba
mi Alma, así estaba
un buen día en el trabajo,
hasta que en sí se posaba,
mi pensamiento,
en algo que yo pensaba
en lo que sucedió un día
cuando a mi lado pasaba

una bella chica joven,
con su carita de grana:
Rosada toda la cara.
Volaba, volaba, volaba
a las nubes mi pensamiento
en aquella bella mañana,
por ver pasar a la chica
cerca mi vera y con ganas
de tirarla algún piropo,
con las ganas me quedaba.
Pensé, entonces, pensé
en algo que viene al cuento;
el por qué no puede ser
atraigan así los rezos,
las cosas de la Iglesia,
la veneración a los Santos,
la Biblia y sus fiestas.
Trabajando yo seguí
en aquel buen día;
trabajando y pensando
lo poco que son las lo personas
y lo mucho que se enredan

las unas a las otras,
no mostrando en su conciencia
pensar en otra cosa
que no sea aludirse
unas a las otras.

Pues seguí yo trabajando,
pese a que mis compañeros
pasaban y pasaban
de un lado para otro,
sin mostrar yo mucho empeño
en lo que pudiesen hacer
mis dignos compañeros.

Seguí yo trabajando
hasta un tiempo prudente
en el que tuve que dejarlo
de repente el trabajo;
por no poder concentrarme
en lo que estaba haciendo,
por mucho agobio en el tajo.
Me fui para la ventana a ver
pasar a las personas;
unas iban y otras venían

de hacer cualquier cosa,
y yo como si nada,
como si nada me fuese
en esas idas y venidas
de ésas altivas gentes.
Pasaban los hombres,
pasaban las mujeres,
pasaban los chicos
y pasaban las chicas;
pero también pasaban
dos monjas Rosario al cinto,
que también pasaban
y sentí algo que me agobiaba
al ver sus vestidos
que con la masa chocaban.
No me era repelente;
pues estoy acostumbrado
a ver al clérigo
vestido en lo suyo.
No me era repelente;
pero tampoco sentí
una devoción,

que me dijera a mí
se me moviese algo
en mi cuerpo por dentro,
se me moviesen las tripas
dando saltos de alegría,
como lo que yo sentí
cuando vi aquel día
pasar una gacela,
una piba mía;
a la que yo conocía:
Por ésa sí lo sentí,
sentí que todas mis venas
se ensanchaban
por momento;
sentí que ofuscado el cerebro
me absorbía por completo
un gozo, una dicha,
una predisposición por dentro
para que yo me alegrase
con todos mis sentimientos.
¡Parangón no hay en la historia!;
que lo que hay es gozo

de ver a unas y a otras,

cada una en su sitio:

¡Y haber qué es lo que mola!

Lo que mola es lo humano,

los actos esos que mola

cuando los haces delante las gentes,

y aún si hay una chola

delante de tu persona.

Para concentrarme

me fui

a trabajar otra vez

y entonces yo pensé,

que debía haber algo más

que no solamente fuese ser

alguien en éste Mundo,

atracción fatal

de unas personas a otras,

el amor y querer,

como en la tierra se da;

pues con esto también se llora.

¿Qué puede existir

en el Mundo,

que me alegre a mí la vida;
si he probado de todo?.
Entonces, pesé y pensé
que tal vez no sería,
lo que a mí me alegrase,
en éste Mudo de rosa.
Tal vez no lo encontraría
aquí por mucho que lo buscase,
tal vez no existía
en ésta tierra de todos;
pues aunque es grande
es mísera,
con sus miserias humanas,
tal vez no lo habría
en ningún sitio que hubiese
esa complacencia mía,
que buscaba con esmero
por todas las partes.
¿Qué sería, ¡OH!, mi Dios?;
y al decir, ¡OH!, Dios mío,
me acordé que la verdad
viene de Él y su Madre,

viene con ese fuego
que te produce en el interior
de tu ser una llama,
que tú no puedes creer
cómo se aguza el entendimiento
para amarla y comprender
de inmediato en el suelo.
No te elevas a las alturas,
estás aquí en el suelo,
sintiendo como con ninguna
cosa has sentido,
que ésa cuando pensaste
en lo más grande: Altísimo.
¡Madre mía!; hacía tiempo
no te elevaba plegaria
y ahora yo no dejo
de elevarte, yo, mis rezos.
¡Qué hermosura y placer!;
siente uno a todas horas,
al pensar en la Señora,
en la Madre de Cristo,
en ésa grandiosa aurora

de alborear tu mañana

en tu mente

y en tu Espíritu.

He vuelto a ser joven

por ese pensamiento mío;

por ese pensar en ti:

En tu grandeza y en Cristo.

Qué diferentes son

los amores de los críos,

de las personas mayores

y de todos los míos:

El uno hace a las gentes

sentir con un fuego altivo;

pero de momento se apaga

esa llama que te quema:

En cambio aquella otra

va amamantando el fuego

poco a poco a todas horas,

hasta conseguir ser

una hogueras en poco tiempo,

para después ser un volcán

eructando, ya, su lava

por todas partes y es cierto
que tapa con sus cenizas
todo lo que atrapa a su paso,
confundiéndose con ello.

¡Qué diferentes son!,
esos dos cariños.

El uno quiere al otro
y el otro a ninguno
que se apresta a decir:

Aquí estoy yo;
si ese uno no se ve,
ni se toca de momento,
pero que tú sientes la sed
de beber de ese jarro,
de ésa ánfora que cuento.

Esa sed que se te produce
por beber de esa virtud,
esa fuente emanadota
de la vida y la eternidad
es lo que a ti te causa
ese gozo, esa paz.

Dicha que hay en la vida

y no lo sabía alcanzar;
que los gozos de ésta tierra,
no son gozos permanentes,
que tal vez otros habrá
que permanezcan en ella
más que permanece
el cariño pasajero
de las gentes en la tierra.
Que yo tengo y tú tienes,
que yo gozo y tú gozas
de esas pertenencias;
pero con todo y eso
son de esta tierra
y tú al poseerlas,
al cabo de algún tiempo
te cansas, tú, de ellas.
En cambio ese cariño,
que no proviene de la tierra;
sí permanece en ti
por esa fe que te presta
para amamantar esa llama
de virtudes y de cosas buenas.

ENTRE LA FIESTA

Jolgorios, farolillos y casetas
se lleva la vida a cuesta;
las palmas hacen el resto
mientras las gentes se divierten,
sin pensar en ninguna cosa,
solamente en la feria.
Un chato tomado aquí,
más para allá cerveza
y al finar un combinado
de alguna bebida esa
que las llaman espirituosas
para aterrizar en la siesta.
Luces, farolillos y casetas
a lo largo de la feria
sin pensar en los demás,
con esto que aquí se apresta
a divertirse por completo
y a crear con inteligencia
un ambiente inmortal

en medio de ésta fiesta.

Muchedumbre en las calles,
muchedumbre en las casetas;

jinetes con sus caballos
y cantos tirado al viento
con martinete de fiesta.

Iba yo palmeando
por entre la masa esa,
cantidad de personas
allegadas a la feria;
cuando vi a un zagal
rebuscar en un cubo
un algo, que no sé el qué
pero cuando me acerqué

yo a él

me dijo con excitación:

-.Jambre, señor;
tengo mucha jambre.

Y a mí me pareció
que chocaba con todo aquello

que había visto yo
en medio de tanta fiesta.
Luces, farolillos y casetas;
que también lo quiero yo,
pero si se divierte
todo el mundo
y no ver yo esa ocasión
de buscar a un chico
en el cubo la basura
un cacho pan mohecido:
Pues me dicta la razón
que allí, yo, he visto
la mano Sagrada de Dios
en uno de sus hijos.
¡Qué patente, qué conflicto!;
esto que cuento yo
al haberlo percibido
esas diferentes sociedades,
como es la polarización
de una a la otra por su signo;
la una no tiene nada más
que el Cielo y las estrellas,

la otra lo tiene todo
al alcance de cualquiera
de esa misma sociedad
en cuanto, él, se empeña
en coger o tener algo
sin miedo a la querrela.
¡Qué diferente es la sociedad!,
en cuanto a ti se acerca;
en cambio para aquel crío
no se puede dar
una pizca de ella,
de esa sociedad opulenta
en la que hay de todo
y no se acuerda cual era
el principio de la tierra.
Al principio no había nada,
teniendo que conseguirlo
a duras penas:
Se cazaba, se pescaban
y se comían las hierbas
que tuviesen esos bulbos
en sus raíces, todas ellas.

Sudores y más sudores
para obtener los frutos
de esas pobres cosechas;
pero yo no digo nada
y está bien que se diviertan,
que gasten, esas buenas gentes,
su dinero a manos llenas,
en su pueblo todas ellas.
Yo no me opongo a ello;
es más,
que me divierto, también,
y gozo en esas fiestas.
Solamente es una reflexión
al poder yo pensar
en el hecho que nos lleva
a poder considerar
dos sociedades ambiguas:
La una, la de la lealtad
para hacer huso a gastar
a manos llenas,
y la otra, que no tiene de nada,
que llevarse a la boca.

¡Pues miren ustedes por donde!;

aquí, también, veo yo

la mano de quien se apresta

a llevar las riendas

del Mundo y a sus gentes,

amarlas y a quererlas

con esa fuerza infinita

como tiene siempre Dios.

¡Sí!; aquí vi yo a Dios,

aquí me di yo cuenta,

en este acto pequeño,

de que existía alguno

más grande que las estrellas,

más digno que las personas,

me di yo cuenta, ¡señor!;

de que existía Dios.

Y entre cantos y jolgorios,

un Ave María recé

sin que se diese nadie cuenta;

un Ave María eché,

entre fandangos alosneros

y entre, ¡vivas y ole!,

sin que se diese

nadie cuenta.

Y al son de ese soniquete
fui derramando las cuendas,
en mi pensamiento solo,
de ese rosario que no tenía
en las manos por ahora.

Me entré, otra vez, en la fiesta;

pues no había salido de ella
y me entré por derecho,
por bulerías completas.

Entré; que no salí nunca,

entré yo en la fiesta
divirtiéndome por entero
hasta la madrugada;

pero cuando oí la campana
que estaba llamando a Misa

me fui presto a la Iglesia
y al coger agua bendita,
mi mano chocó con otra
que también la cogería,

ese agua, con boato

y recogimiento en su ser;
choqué con esa otra mano
del muchacho aquel.

EN LA CALLE

paseaba y paseaba
un día yo por la calle,
paseaba y paseaba
sin saber por donde iba,
ni qué dirección llevaba;
pues solo pensaba
en lo que me concernía,
que eran las cosas del Alma.
Esas cosas que mi cuerpo
necesita a todas horas;
el sentirme un portento
y el sentirme que me adoran
las gentes a su paso,
como si yo fuese un dios
que embelesa y aploma
a las otras gentes

por algo que irradie yo,
en esa brisa matutina
al sentirme un conquistador.
Conquistador de Almas
y de Espíritus;
un perfecto embaucador
de sentimientos ajenos
haciéndolos, a ellos, de menos.
Quedaba vacío de carácter
al que a mi paso
me hablaba,
quedaba en la sien
de las gentes
una opresión entera
por la manera que las hablaba
y por el mucho desaire
que las hacía, sin ganas
de escucharlas a ellas,
al hacerlas yo de menos
con mi cínica sonrisa.
-. Señor, cuanto tiempo
sin verle.

- . Pus yo le vi ayer mañana.

- . Y qué alegría he recibido
al cruzarme con usted y poderle
saludar, ofreciéndole mis respetos.

- . Pues yo no digo igual;
que si tiene que marchar
algún sitio por ahora,
hágalo al instante,
que para después llegará
mas bien, tarde
a ese sitio que va.

Las gentes se alegraban
verme a mí en la calle;
entre ellos por ahora,
con un ¡adiós!, que no va
a ninguna parte.

Si me cruzaba algún animal,
yo le solía esquivar;
pero sino le podía dibrarle,
le atizaba una patada
que el perro salía chillando
por el dolor que le daba

verse acariciado

de ese modo, al instante.

Iba ufano por el Mundo,

Me consideraba importante,

aunque no lo fuera

entre mis paisanos,

pero yo me hacía el importante.

Si paraba para ver un escaparate,

con el rabillo del ojo

me observaba mi figura

para ver si ella iba

descompasada en la forma,

sin ser yo un pedante.

Al pobre que me pedía

una limosna por mi mano,

no le miraba, ni hablaba,

y no le trataba de hermano

diciéndole: Váyase a trabajar,

que así hemos trabajado

todos los buenos hermanos.

Esa era la limosna

que yo daba a los mendigos;

un consejo de trabajo
que me salía de sí mismo
para llamarlos hasta vagos.

Pero cual fue mi mal,
que volviendo la cabeza
le vi que no podía andar
ese pobre con muletas:
Tenía su pierna cortada
y hasta le faltaba un brazo,
pues pedía con un bote,
en la acera posado,
una limosna para comer
al no poderse mover
estando él lisiado
de sus miembros, su sostén.

Me paré a considerar,
que igual me podía pasar a mí
y que tenía que dar
muchas gracias al Altísimo,
no sabiendo igualar
la pobreza de ése hombre
a la mía que me entraba

en el Espíritu mi ser:

Yo con esto me agobiaba.

Sentí, que se desplomaba

mi Ego por todo el suelo;

al no haber podido ver

a ese hombre a lo primero

con muletas, él pidiendo:

Iba con tanto orgullo,

que no miraba al suelo.

De repente, a mí, me entró

un no sé el qué acudiendo

a la llamada del mendigo;

saqué la cartera y luego

de hablarle echando un billete

en el bote le hablé,

que yo tenía para él

un trabajo de vigilancia

en mi finca a todas horas.

No le veía a él;

a quien veía, ahora,

era a Cristo Redentor

extendiéndome su mano

para que yo pudiera ser
su intermediario en la tierra
como fiel y buen hermano.

EN EL FÚTBOL

Llegué al campo y lo vi,
lo vi todo lleno;
llegué al campo y guardé
fila en aquella ventanilla
para por lo menos coger
una entrada en ella
y el partido comenzaba
dentro de poco tiempo
y el tiempo me jugaba
una mala pasada,
por eso yo decidí
ir de atrás hacia delante
pegando codazos en la fila
al que delante estaba.

En pocos segundos logré,

estar, yo, en el campo y viendo

ese partido de fútbol.

Y pensé de pronto, pensé,

¡qué listo soy!;

que yo en la fila me colé

haciendo caso a lo que voy,

que era ver el fútbol

desde su comienzo hoy.

No sé por qué me despisté

en aquella graciosa tarde,

pues un chico, desde atrás,

me estaba dando patadas

a cada paso que daba

al jadear a su equipo;

con, ¡vivas!, ¡ole! y palmas.

Yo me volví para atrás

y sin contemplaciones

le eché una regañona

que a su padre no gustaba:

Me enseñó hasta el paraguas.

Yo al ver aquello exclamé

al Cielo una venganza;

de que le iba hacer
o le dejaba de hacer
cualquier cosa no grata.
Mediaron los inmediatos
que a nuestro lado estaban
para que aquella reyerta
no lograra prosperar;
se movían y andaban
buscando la fórmula,
por las buenas apaciguarnos.
A media lo consiguieron;
pues nuestro equipo ya
había hasta marcado,
pidiendo la moviola
las gentes de nuestro lado.
Pasaba el de los helados
por aquella grada que está
el chico de los helados,
pidiendo el niño una tarrina
para echármela encima,
no pidiéndome perdón
su padre: El desgraciado.

Me levanté sacudiéndome,
sacudiéndome aquel helado;
con cara de pocos amigos,
haciendo gestos desolados.

Las persona me miraban
esperando cualquier cosa
mala que yo hiciese;
pero ese hecho no llegó
al acordarme de Cristo
que Él mismo nos dejó
un legado, el Altísimo.

Nos dijo que: Si el vecino
te golpeaba un lado
la cara, pusieras el otro lado;
esa mejilla sagrada,
sagrada para tu persona,
que para el otro es un asco.

Alcé los brazos y extendí;
extendí, también, las manos
en señal de retenerme
y no causar algún daño
aquella criatura pura

que se encontraba a mi lado.

Alcé la vista y vi
los ojos de aquel muchacho;
cómo me miraba,
con aquella mirada limpia
como pidiéndome bondad
de mi conciencia en el campo.

¡Dios!; si no puede ser
que yo viese allí

los efectos de la mano
del Altísimo en la tierra
y sobretodo en el campo.

¡Si yo estaba viendo,
tan sólo el fútbol, señor!:

¿Qué vi yo allí?,
con aquella mirada pura,
limpia y con frenesí.

Pasaron las dos horas
y me salí yo de allí,
yendo a dar de bruces
con el padre y la criatura,
fuera del campo me di.

- . Perdona si le ha molestado
mi muchacho un en rato.

- . De nada, señor; me aguanto.

- . ¿Tan amigos, por ahora?.

- . Y con tanto gusto en el trato,
que yo le brindo mi amistad;
al extenderle mi mano.

¿Qué es lo que me movió a mí,
para sentirme así;

tan gracioso y buen cristiano?.

Se me encogió el Alma,
se me removió la conciencia,
se elevó mi Espíritu

por lo alto, hasta el Cielo,
y le traté como a hermano.

¿Qué se me movió a mí
dentro mi ser en la tierra?:

Si tal vez pudo ser
el pensamiento cristiano,
de amar a nuestro prójimo
como si fuese nuestro hermano.

Yo de él me despedí,

dando un beso aquel crío
en la frente con cuidado;
como diciéndole a él
que le perdonaba su desliz,
por haberme tirado a mí,
a mi persona, aquel helado:

Así yo me despedí.

¿Qué gracia hay en el Mundo,
que no la siente el cristiano?;
qué cosas no percibimos,
siendo buenas para nosotros,
por tener los ojos cerrados
a las cosas en la tierra
por no seguir las enseñanzas
que nos marcan los Obispos
con la Biblia en las manos.

Pasamos, pasamos sin ver
el Alma de nuestros hermanos;

¿cómo vamos a poder
ver sus hechos cristianos?.

Primero tenemos que mirar
al suelo indefinido;

para definirla ya

con una preposición afirmativa,

de que hemos visto la gracia

de Cristo en esos hechos

y en los hechos de los hermanos.

Corriendo voy hacia Cristo,

hacia su Madre postrado

a sus plantas todo el día

pidiéndola por las personas,

por sus Almas, y por sus Espíritus

y por los hechos que hagamos.

EN EL MERCADO

Entré y olí a ajos

en el mercado yo un día,

entré y lo primero que vi

fue a la casquera vendiendo

un pollo a una señora;

pues mire usted que bien

que al momento comprendía

tenía que comprar un pollo

que en la casa me hacia

falta para arreglarlo

con patatas y pepinillos:

Al no poder formar fila,

en la fila me colé.

Más adelante di

con el puesto las verduras,

mercando unos puerros,

unos pimientos y lechugas;

con la verdulera hablé

del tiempo que hacía,

diciéndome ella algo así:

Que estaba el fresco subido

y de la temperatura que hacía.

Cogí yo la indirecta

a la verdulera del puesto,

al decirme; que tanto fresco

que hacía en aquel día,

por haberme colado en la fila.

Estaba al lado el carnicero,

con sus chorizos y jamones;

tenía algún desecho

los huesos de esos jamones,
adquiriendo de ese puesto
medio kilo de chuletas
de cordero, por supuesto.

Al separarme de allí,
uno que había en la fila
qué mirada me echaba;
pues si le hubiese valido,
con la vista me mataba,
pues me colé en la fila.

Salí viendo los puestos que había
en esa galería
en donde yo me encontraba,
me encontraba aquel día;
hasta que di con uno
de repostería
y al irme a colar,
a colar yo en la fila;
una persona decía:
¡Oiga!, señor, qué hace
si está usted el último;
no ve como nosotros

estamos aquí ya
media hora, este día;
pues también, también
me colé yo en la fila,
no sin antes reñir
con aquella persona furtiva
por la dicha y su deseo
que yo esperase en la fila.
Salí mas ufano que ancho
de aquel popular mercado,
salí que no lo creía
me hubiese colado en todas,
en todas aquellas filas.
Andaba y andaba yo
por la calle despistado,
no fijándome en las gentes,
ni si quiera lo que hacía
aquel que puso allí Dios,
pues también yo me pasé
del mendigo que había
en plena calle en el medio,
sin querer yo saber

nada de él y su pobreza,
sin poderlo comprender.
Pero cuando iba pasando
y después de ya pasado;
vi al señor que yo pasé,
yo en la fila
del mercado, aquel día,
pues parándose echó
una limosna en el cesto
que tenía aquel mendigo;
pues eso no me sobrecogió,
que a lo más que me llegó
a las fibras del corazón
fue cuando le oí yo dar
las gracias aquel mendigo
con mucha sutileza y pasión;
al bueno de aquel señor.
Pensé y pensé de pronto:
¿Cuánto tiempo sin dar yo
las gracias estaría?;
si por lo menos me acordase
a ustedes se lo diría,

pero ni me acuerdo
ni sé dar las gracias
a nadie yo en la tierra;
siendo bueno ése acto
que hizo aquel mendigo,
con la dádiva le dio
el señor que le ayudó:
Y eso, que riñó conmigo.

Tal vez aquel señor
me quiso, a mí, enseñar
urbanidad y educación
en éste Mundo de ciegos;
por donde quiera que vas
te encuentras, tú, hombres buenos,
personas que saben hacer el bien
con escrúpulos y contentos:

A quien te sepa decir
el camino por donde va
y si vas tú recto.

No quiero que los demás
me enseñen ese camino;
que quiero ir yo solito

por esa senda perdida
en mi vida de desdichas:
Ya que el que hace esto
es por complejos en la vida.
La senda tenía perdida
hacia tiempo y a deshora,
iba y venía por un camino
no recto,
de poca virtud y conciencia
para mis iguales en la vida,
la senda tenía furtiva;
no sabiéndola encontrar
por mucho que yo quería.
Aquella senda encontré
yo en aquel día;
cuando vi a dos personas
que se trataban por igual,
pese a la diferencia de clases,
en la calle aquel día.
Así empecé aprender
que no todo es indiferencia,
que el Mundo no es como es;

sino se admite con ello,
que la decencia puede ser
la que salve la dignidad
de las personas,
seguido de la bondad
de esas gentes en la tierra.
Aprendí, bondad y paciencia,
aprendí yo amar
a mi prójimo como a mí mismo,
para que no le faltara nada
de sustento en la vida,
en esta tierra traidora
de alimaña y de deseos.
De desear ser ellos solos
en la tierra, siempre dueños,
de acaparar la voluntad
de las gentes más humildes
por su poca voluntad.
Aprendí, yo, tantas cosas
en aquel día completo
de virtudes y derechos;
de hacer el bien

con bondad

y no el mal,

por supuesto.

Siempre hay que mirar

a tu prójimo

como a ti mismo,

siempre hay que quererlo

con ése Espíritu cierto;

que certeza ya te da

de quererte por completo.

Mansedumbre entre las gentes;

esas personas que van

de una parte a otra,

auque tú no las conozcas:

Las conoce el Altísimo;

con eso te vale ya

para respetarlas contento.

EN EL CHIRINGUITO

Sentado yo en un bar,

en una terraza cualquiera,

observaba yo pasar
a las gentes a mi vera;
pasaban y pasaban ellos
con su vergüenza a cuesta
y yo también la llevaba
puesta, esa vergüenza,
en mi misma cara,
que al correr de los tiempos,
también, también la empleaba
al asumir esas enseñanzas
que hemos visto ésta mañana.

Aquello de hacer el bien
a mí no se me olvidaba,
consiguiendo aprender
esa lección que me daban
mis iguales en la tierra:
Sin charla, ni plática.

Me afirmaba
en la condición de ser
una persona amada
y respetada por todos
los que a mi paso pasaban .

Tenia dentro de mí
ese hervor en las venas,
me carcomía por ser
el mejor en la faena
de ese precioso día,
en el velador del chiringuito;
sin enseñanzas ni academia.
Cual no fue mi sorpresa,
cuando vi un niño caer
dentro el pozo de una fuente
que había allí cerca.
Se me iluminó el cerebro,
se me ensanchó el corazón
y hasta las venas se abrieron,
para como en un resorte,
me levanté yo
pegando un brinco en la silla
y las gentes me miraba.
Salí corriendo hacia el chico
para salvarlo del agua,
logrando sacarle con ganas
y con esfuerzos que hice;

para yo sacarle del agua.

Su madre impasible miraba

sin inmutarse a penas,

al ver que la criatura jugaba

de nuevo con soltura.

Me senté después de un rato;

pues de pie yo me encontraba

para ver si restallaban las gracias,

que me diera ésa mujer,

que era la madre del Alma

de ése chico con desdén.

Después de sentado pensé,

que había logrado hacer,

el bien común entre las gentes

no mereciendo las gracias

a ese hecho y a ese bien.

Pasaba, pasaba y pasaba

por entre la muchedumbre

una mujer anciana,

que a penas ella andaba

con agilidad entre las personas

queriendo pasar a la acera

de frente, sin poder con su Alma.

De nuevo me levanté
y a la anciana, yo, ayudé
a pasar aquella calle
en un santiamén;
volviéndome, yo, a mi sitio
con mi conciencia, también,
orgullosa y beneplácito
por el hecho que conté.
El refresco me tomaba
con un alivio completo;
me saltaba hasta el Alma
y mi Espíritu chillaba:
¡Ole!; has hecho bien.
Me vino, a mí, a pedir
un mendigo que andaba
pidiendo sin ningún sostén
de aquellas personas que estaban
tomándose su refresco bien.
Uno a uno fue pidiendo
y todos le despedían
con cara de sufrimiento;

como si fuesen ellos,
los que ellos ese día
estuviesen allí pidiendo.
Esperé a que llegase
a mi mesa ése pobre
y cuando a mí me pedía
eché mano al bolsillo
de la faldiguera tenía
puesta en aquel día
y una limosno le echaba:
Pues sí me dio las gracias
con una gracia impar,
aquel mendigo me daba.
Que me ayudase el Cielo
a mí él me decía,
mientras elevaba
la vista a Dios,
como queriéndole ver
en lo alto de los Cielos
un algo de consuelo,
mientras él me deseaba
todo lo bueno del Mundo,

y el Mundo estaba conmigo
en esa bella mañana.
de fiesta por ser Domingo.
Se quedó tranquila mi Alma,
mi Espíritu se relajó,
mi conciencia desechara
esa triste opresión
que todas las personas tenemos
dentro del corazón.
Por poco empiezo a cantar,
a dar saltos de alegría
al sentir aquel placer;
como sentí aquel día.
Mas de pronto pasó
una ambulancia corriendo
y mi Espíritu se volvió
con su pesadilla, por cierto.
Pensé en ésa persona,
en esa alma desierta,
que llevaba la ambulancia
con prisa y con conciencia.

Pensé, de que si ésa persona no llega

pronto a los cuidados
de un médico, no lo cuenta.
De momento la alegría
y al poco pesadez,
así pasé aquel día
que me marcó la niñez
primero y después la anciana,
para ahora tener
una pesadumbre en mi Alma
por haber visto yo la ambulancia
por la calle correr.
No podía resistir
aquel cambio en mi vida,
como los que me marcaban
esos hechos tan sufridos;
así que yo llamé
al camarero y pagué:
Mejor dicho, por ahora;
que quise pagar y no pude,
al no llevar ni hasta suelto
en mi monedero y no pude
pagar mi consumición

y no pude dar razón.

Menos mal que me conocían;
pero que no les iba a decir yo,
que me habían quitado el dinero
en esa misma terraza
en que me senté yo aquel día.

Quise hablar y no podía
al acordarme de las formas
que yo pasé aquella anciana
por la calle de abajo;
que es más bien lo que dirían
ustedes en buena hora.

EN EL PASEO

Paseaba por el parque
viendo, yo, todas las aves
que allí moraban dichasas
a su vuelo y a su aire.

Paseaba yo contento
por entre las baldosas;
pero cuando me desvié

vi un estanque que había
infinidad de patos
de todas las clases,
y vi también tortugas,
lagartos y alguna que otra
avecilla
que no formaba la pauta
de ese parque.
¡Qué alegre, que piaban!;
al son del día que salía
y al son del Sol, por lo alto,
vi que eran felices
sin pensar en el pasado,
ni en el futuro tampoco.
Vi que todas comían
de lo que había en el suelo,
y el suelo las daba cobijo;
entre jaras y matojos
y entre árboles frondosos.
Infinidad de colores
forman esas graciosas aves
con su plumaje irradiando

confianzas al que pasa,
pasa cerca de ellas a lo bajo
al pié de ese árbol;
en donde pía una alondra,
un mirlo o un petirrojo,
dándote los buenos días
sin miedo a molestarte.

El agua, ¡qué bien se mueve!;

se movía esa agua
al son del viento se movía
saludando al que pasa
cerca de ese estanque,
donde estaba esa agua:

Parecía que tenía
hasta vida propia en su alma,
en lo más profundo de la charca.

Todo estaba animado,
con esa animación
que presentan los mortales
cuando tienen ocasión
de sentirse agradables
en el entorno del amor

de esa gran turbulencia,
como es esa agua.
y esas graciosas aves.
Me moví, ¡sí señor!;
me empecé a mover,
con paso suave y lento
para no asustar
a las aves, por supuesto.
Según avanzaba oía
el silbido de esas aves;
¡cómo piaban ellas!,
a mi paso por la tierra.
Sentí se querían todas
esas aves encantadoras
y que formaban familia
de cuidados, por ahora,
unas con otras en el Mundo;
sentí yo alguna cosa,
como que me iría
a separar de allí
si seguía yo mis pasos,
dejándolas a ellas a solas.

En la calle me metí,
paseando entre las gentes
y entre: Con Dios se quede usted,
yo también proseguí
por las calles mi paseo,
viendo a las gentes pasar
a mi lado por completo
llenos de amor y gloria,
con sus frentes muy abiertas;
esos pensamientos puros
que llevan en su conciencia.

También vi yo allí,
en aquella calle Mayor,
que las personas se querían
y se amaban unas a otras;
con ese sentimiento puro
de saber ser personas.

Estaba el día radiante,
estaba, también, la aurora
más brillante que un ascua
cuando se sopla la lumbre
donde su llama mora

en ésa casa de Dios,
en ése Templo Sagrado;
como es la Santa Iglesia,
anunciándonos el parabién
de su excelsa
y buena bondad,
para cobijarnos a todos.
Pensé que no estaba solo;
que de entre la muchedumbre
había alguien que lo decía,
tirase para adelante yo
con mi suerte y mi dicha.
Hasta los niños me hacían
caricias en los brazos
y yo también los hacía
carantoñas a mi paso:
Con mi alegría por dentro
yo iba aquel día,
por esa calle de Dios,
del Calvario y su agonía.
Alguna cosa me bullía
en mi cabeza postrado

ante las plantas las gentes

que a mi paso me decían:

Tenga usted buenos días.

Aquí había cambiado,

sustancialmente todo;

había dado la vuelta

ese trato, que hasta ahora,

no le había yo encontrado,

por mucho que le busqué

entre las gentes más buenas.

¿Qué había pasado, señor?;

si yo era el mismo,

el mismo en la tierra:

Si yo no me explicaba

lo que había pasado en mi Alma.

¡Sentía yo un amor,

que antes no lo sentía;

sentía que era yo

y no un compendio de desdichas.

Tenía sensibilidad

en mi triste corazón;

pues ahora estaba alegre,

pegando saltos de amor.

Y hasta vi al pajarillo
pinto en aquella calle,
volando y se posó
cerca del árbol que estaba yo
emitiendo un sonido,
como de flauta y dolor;
diciéndome que hay en el Mundo
sensibilidad al cariño
y ternura al dolor.

Me estaba asustando yo,
por no comprender
qué había cambiado
mi vida; puede ser
que fuese un acto puro
o que sintiese yo amor
por esas gentes tan buenas,
que a mi paso se encontraban;
sintiendo yo un placer,
una dicha embriagadora
en las gentes del querer.

Pensé y pensé yo también;

que allí habían estado las cosas

siempre y sin saber

que yo pasaba por ellas

sin poderlas yo ver,

por la predisposición de mis nervios,

por el rechazo a las personas

y por el poco querer

que tenía yo en el Mundo

al no poderlas ni ver

a esas otras personas

prepotentes y sin gracias:

¡Que yo no las quería ver!.

Habían estado allí,

habían existido siempre

esas cosas del querer,

ese trato exquisito;

esa fuente de placer.

EN LA IGLESIA

Pasaba por delante

de la Iglesia en un instante

y al momento de pasar
pensé yo pararme,
entrar en ése Templo
para a sus plantas rezarle.
Abrí yo sus puertas
con sigilo, como cobarde
para que no me viese nadie
y luego que yo eché
un pie para adelante,
eché yo el otro
para ver yo a la Madre
de Cristo, en buena parte.
Por el pasillo la Iglesia
fui, poco a poco, avanzando
y al llegar a la mitad
pensé que aun me faltaba
otro tanto que andar,
para verla yo la cara
a la Virgen , en su Altar.
Me senté en el primer banco
y de pronto no sabía
lo que hacer;

hice como otros muchos,
que no teniendo que ver
nada en el Templo
miran para todos las partes
con un poquito de interés.
Mas de pronto me asomó
una idea en mi cerebro:
Allí estaba yo,
para pedirla consejos
a la Madre de Cristo,
a ésa excelsa figura
que en éste Mundo se ha visto.
También me arrodillé
y cuando ése acto cumplí
se me abrió a mí el pensamiento
de yo poderla querer,
como la quiere un hijo bueno.
Postrado a sus plantas, luego.
Ahora sí que contemplé
ese esfuerzo que yo hacía
para que me valiese
y enseguida yo pensé:

Que si la rezaba a la Virgen

mi sufrimiento se iría

a cien leguas a la vez

que yo a Ella pedía

un poquito comprensión

y algo de su querer.

Pero entonces pensé yo;

que el que debía de dar

ese querer era yo

y no la Virgen que está

en su Altar superior.

Prometí ser buena gente,

prometí yo no fingir,

querer y amar a las gentes

con ese amor de verdad,

prometí: Prometí yo tantas cosas

que no sabía que hacer,

olvidándolas al momento

por tantas cosas que prometí:

De querer y amar a la Virgen

ante el Mundo mezquino,

cumplir con las enseñanzas

que nos había dejado Cristo;

estaba yo en buen camino.

Me pude dar cuenta
que mi predisposición en la vida
era amar y querer
al prójimo como a mí mismo.

No podía levantarme
de aquel banco que estaba,
en ésa hora, sentado
rezando yo a la Pastora,
a la Pastora del Mundo
con deseos, medio loco
y con un ferviente orgullo.

¿Estaba tal vez encontrando

esa fe que yo perdí;

estaba yo aplacando

mi Espíritu, yo, allí?.

No tenía yo respuesta

en esa pregunta mía,

no había manera

que tuviese yo la dicha

de saber por qué camino

mi senda se dirigía.

Estando en esta zozobra
vi caerse al suelo rodando
un velón de esa Iglesia
pensando de esa manera,
que yo estaba rodando;
rodando yo por el suelo
y que como a Lázaro
una voz me decía:
Levántate y anda.

Tomé coraje de mí mismo,
me alcé yo del banco,
me volví a sentar
para en sí tomarlo
ese consejo temprano
que me dio la Madre del Cielo,
en ésa hora de espanto
para mí y para mi ego
sin yo poder esperarlo.
Sin hablarme, yo la oí;
la oí con el corazón
y con los sentidos también,

pues en mí se metió
ese hado que no se ve
pero que te escarba por dentro
conservándote la fe.
Qué bien hice al entrar,
al entrar yo allí;
en ése grandioso Templo:
De rodilla yo recé.
Recé por todos mis muertos
y por los vivos, yo, recé;
pedía con sentimiento
de un hijo arrepentido
que se me perdonasen las culpas,
pedí yo como digo;
por mi Alma y por mi Espíritu.
Me arrepentí yo por dentro
y cuando el Credo rezaba
observé que un sacerdote
en el confesionario entraba.
Arrepentido me fui
a confesar con aquel cura,
arrepentido y con fe

lidiando como a un miura;
como era mi voluntad,
con mi vergüenza torera
ya que hacía mucho tiempo
no confesaba, ni tan siquiera.

Arrepentido me vi
rezando yo lo que me mandó
aquel cura en el confesionario;
y después de reivindicar la fe
salí yo de ése Templo
más limpio que la Patena
y más alegre que nadie.

Salí a la calle y vi
cómo me miraban las gentes;
sería porque llevaba
en la cara esa gloria
al bendecirme en la frente
ese cura, que aquel día
me confesó, imponente.
Salí andando triunfante
por la calle aquella tarde,
salí que no cogía en mí

sin importarme

qué dirían de mi persona,

al verme así,

de esa manera que iba

andando yo triunfante.

Andaba de esa manera

por el gozo que me daba

verme entre las personas

un portento de virtudes,

un alazán en mi tierra.

A mí no me decía nada

aquellas cosas del Mundo

que a mi paso se encontraban

sino eran suficientes;

como para llenar mi Espíritu

y calmar mi conciencia

en un instante al hablarte

de estas cosas que he visto,

en éstos días de gloria.

ENTRE SENTIMIENTOS

Estaba solo un día

en mi casa

yo pensando;

en ella yo me encontraba,

en mi casa, meditando.

Pensaba sería mejor

cumplir con las obligaciones

que las sociedad nos echaba;

pero también era bueno

que cumpliésemos con deseo

lo que Cristo nos enseñaba

cuando estuvo en la tierra,

con esas grandes enseñanzas.

Rebelde, sin causa, en el Mundo

no hay que ser, por supuesto,

habiendo tantas personas

acometiendo esto

de ser rebelde y chilló

para que las oigan las otras

personas que tienen cerca

de su persona, ¡señor!.

Yo también me asombraba

por verme predispuesto
para hacer el bien en el Mundo
a las gentes que me aman.
Pensaba en tantas cosas,
que no podía poner
en regla
mis pensamientos maltrechos,
al ver que hay en la tierra
un cariño verdadero;
como es ése cariño
que la Virgen te profesa,
a través de su hijo
y su hijo ama presto
a las personas queriendo.
Pensé que calmado me veía
con el Espíritu acoplado
a las vicisitudes de la vida
y a lo que hubiese encontrado
al paso yo por el Mundo;
éste Mundo desdichado.
Creí verme en un estanque
de aguas mansas y dulces,

creí que yo agarraba la gloria,
estando yo en el suelo,
para sentir mi persona
esa confianza pura;
como el que siente
aquel que tiene el Alma segura
en esas enseñanzas de Cristo,
de los Santos y la Virgen.
Parangón que hay en la historia;
pues vi, que en sí, no chocan
el sentimiento humano
con el quehacer de la historia;
con esos hechos cotidianos,
que parecen una noria
al repetirse uno tras otro
esos hechos en la vida,
pero que van paralelos
al sentimiento, que se diga.
Vi una correlación
entre hechos y sentimientos
que me parecía, no dos;
mas bien era uno sólo

cantando una canción;
una nana embelesando
a tu ser que llevas a dentro,
adentro tu Alma metido.

CANCIÓN

Acuérdate, Alma mía,
de que hay algo en la vida
más grandes que las estrellas,
más dichoso que el Firmamento;
acuérdate, ¡OH!, querida
persona de mi devoción,
acuérdate que afligida
se encuentra, sin salvación,
tu Alma en esta vida;
en esta vida de Dios.

Así cantaba un día
a solas con mi agonía
de saberme culpable
y pedir yo, luego, perdón.

Culpable por mis pecados,
por mi coraje y genio,
por las cosas de la tierra
que aturde y molesta
a ése Dios en el Cielo.
Perdóname, ¡OH!, señor!;
perdóname mis males
que pude causar en la tierra,
perdóname, te suplico,
pues estoy arrepentido
yo de mis males, te digo.
Pues hasta causo yo una pena
que me sale del corazón,
oprimiéndome el pecho
sin sufrimiento alguno;
ya que ese sufrimiento
no es físico, que digamos,
es mas bien espiritual
para que tú me perdones
mis males que causé en la tierra
y me vayas ayudar
a pasar ese trago

de virtud y bondad
de un perfecto caballero.
Ese ejercito de Cristo,
que aquí nos encontramos,
ese ejercito sublime
a tu lado, siempre, marchamos
enarbolando la bandera
de la fe del creyente,
para que todos vieran
esa luz que de frente
sale presta en la vida
con orgullo imponente.
Me encontraba solo, en casa,
cuando a la tierra bajaba
mi pensamiento humano
y yo ya me veía
con una espada en la mano:
No era espada, que era la Biblia
la que tenía en las manos,
blandiéndola a través del tiempo
hacia la muchedumbre
y las personas están haciendo

caso de sus enseñanzas,
con alarde y sentimiento.

¿Qué más bien que una espada,
blandir la Biblia Sagrada?;
pues es mejor en el combate
esas buenas enseñanzas.

Jadeaba y sudaba;
con mis pensamientos a cuesta,
me movía y pateaba
cuando yo volví a la tierra
viendo la realidad
que hay siempre en ella.

Los hechos, más bien, se dan
por no querer y confrontar
entre pensamiento puro
y las cosas de la tierra.

Tómalo con paciencia
esos hechos no seguros,
que tu persona se apresta
hacerlos sin ganas;
pero que tú los haces
porque la masa te lleva

para el camino que quiera:

Te aconsejo: Tú no quieras

ir por ese camino

de abrojos y de tinieblas;

que hay otros caminos

mejores en ésta tierra.

Sigue la senda de Cristo,

sigue tú en la tierra;

ya verás con que bondad

a ti te acogerá

en ese seno querido,

que llamamos Cielo:

A donde está siempre Cristo.

Su Madre nos ama presto,

nos da su apoyo completo

para que no decaigamos

en los firmes sentimientos,

de querer y amar a Cristo

con una fuerza avasalladora,

que nos sale de adentro,

de adentro nuestro ser nos sale

mostrándole el querer

que profesamos por Él.
¡Viva, también, la alegría,
que viva su Madre entera,
que viva el Alma mía,
que viva la fe en la tierra!.

EN UN VIAJE

Subí al AVE en un instante
para marchar a otras tierras
por unos días en la playa,
y la playa me ofrecía
descanso para mi Alma.
Corría, el tren, corría
por ente las peñas aquellas,
por entre matorrales, bosques
y serpenteaba en aquel río de ensueño
que a su paso se encontraba.
Cambiaba el paisaje,
cada hora cambiaba:
Aquí la tierra era florida,

allí frondosa de árboles;

más para allá un páramo

de pitas por todo Arte.

Infinidad de vecinos

a nuestro paso nos encontrábamos;

los unos sembrando los campos,

los otros yendo para cualquier parte

que los marque su destino.

Mas yo, con mi fe marchaba

dentro de ese AVE dichoso,

dentro de el estaba

con Espíritu marchoso;

por dirigirme a la playa,

en aquellos días hermosos

en donde no había una nube,

ni una tormenta a la vista.

Marchaba yo con agrado

para recrearme un poco

en sus arenas y aguas

de aquella playa dichosa

para mi persona, en la playa.

Quería ser astronauta,

quería ser un actor
que con su sola representación
se pudiese convencer
a todo el mundo, ¡señor!,
de que el mejor camino:
Es el camino de Dios.
Quería ser un paladín
en la historia sumergido,
saliendo de entre las cenizas;
para aliviar a las gentes
los problemas consentidos:
Esos agobios que tienen
las gentes, por ellas meterse
en problemas, que no vienen
a cuento, con su persona.
Quería ser: ¡No sé cuanto!;
lo que yo quería ser,
que hasta me dio vergüenza
estando solo, pensando.
¿Qué quería ser?: Si caí
de la burrilla un tanto,
al darme cuenta que el Mundo

va en sí girando
sólo en el Universo
y nadie podrá pararlo.
Ninguna persona
conseguirá desviarlo
el rumbo del Mundo,
estando solo en la tierra;
pero si nos unimos
todos los humanos,
conseguiremos que el Mundo
marche, no a su manera,
más bien hacia Cristo,
hacia su Madre perfecta.
¿Qué iba hacer yo solo?,
en ésta drástica tierra;
sin virtudes y sin formas
para poderse aliviar
ese mal que los aqueja
a éstas nobles personas;
que se dan ellas cuentas
por donde transita el Mundo
con ésas otras personas,

que no creen en nada,

en nada en ésta tierra.

Sentimientos más profundos

que en la garganta me coja,

me asfixia la respiración

por sentir yo que esa forma

de ser o dejar ser;

tienen todas las personas.

Sentimientos, que me rompen,

me queman a fuego lento

todo mi cuerpo por dentro;

mis fibras, mis tripas

y mi conciencia muriendo

por no poder retener

yo ese enfrentamiento,

que solo con su persona

en Dios están haciendo

algunas gentes en el Mundo,

al oponerse a esas cosas

de lo Sagrado y Divino

del pensamiento más puro,

como es; el llegar a Cristo

a través de su Madre.

¿Qué hago yo?; ¡OH, Dios mío!;

si soy incapaz del todo

afrontar solo en el Mundo,

el disparate mayúsculo

que tienen algunas personas,

a no admitir a Dios

dentro su ser, se desmorona.

Se desmorona esa persona,

se derrumba en la forma

de ser o dejar ser

una bella persona.

¡Que me arrastran,

que me llevan!;

que no lo veo yo claro

lo que me dices al oído,

sin hablarme tú con palabras

alguna, con ése pensamiento

puro, que me llega al corazón

alzándome por ahora,

con esa fuerza avasalladora.

¡Qué caray!; no puedo hacerlo

yo solo en el Mundo;
llevarme la voluntad
del que en él está marchito,
carente de conciencia,
carente de bondad
y carente de sabiduría;
para que pueda rezar
todas las noches un Credo
a la Virgen y su mal
se vaya de él corriendo.
Ese mal que lleva dentro
de su ser, esa persona;
ni le deja comprender,
que hay por encima una cosa
que se llama Omnipotencia,
y encima está él preso
con sus malas creencias.
Llegué a mi destino
pensando,
que era mejor no hablar;
pues también estaba pensando:
En las gentes que por ahora

nos habían precedidos
con ese Alma inmortal:
¿Cómo lo hicieron ellos?;
me preguntaba ahora,
si solo se vieron ya
en aquel ambiente hostil
de envidia y poca bondad.
Miraba hacia arriba
y el Sol
no me dejaba ver el Cielo;
aquella luz me cejaba,
como ciega a las personas
las cosas que hay en la tierra,
de pompas y de victorias.
No me dejaba ver, esa luz,
con la alegría del Alma
la gracia que hay en ése Cielo;
en ése Cielo del Alma.
Me cegaba, me cegaba
y no conseguía yo
ver esa gracia
que reparte desde el Cielo

el buen Dios

al momento:

Que tú le pidas ayuda;
la ayuda te presta Él,
poniendo alegría en tu Alma.

ENTRE CHUIQUILLERÍA

Caminaba yo un día
por la calle, yo, pensando
por dónde iría
el Mundo con sus cuidados;
esas personas, que haciendo
casa de la Biblia;
mas bien están queriendo
se cumpla su voluntad
en la tierra, que ello moran.
Me di de bruces, me di,
con una chiquillería
que venían con maestra
en fila, ellos venían.
Se pararon al pasar

el semáforo, en espera
se abriese aquel paso
para de momento pasar.
Puse cuidado y oí
a ésa chiquillería
hablar entre ellos y decir:
Que Dios, también, existía.
Creían en la Virgen
y en los Santos,
en las virtudes creían;
que provocasen sus hechos
en la tierra a los hombres
si los rezaban, y los llantos
terminasen de primores.
Hinché el pecho al oír
aquello que se decía,
a toda ésa chiquillería,
al paso de ese semáforo.
Y pensé al pronto, pesé:
¿Qué no se dirían?;
en cuanto estuviesen solos
en cualquier día.

Pensé: ¿Si esto es así?,

qué no iba a ser

poco entre las gentes;

si los pequeños creían.

Esas enseñanzas de Cristo

en el Mundo permanecían

por los siglos y los siglos;

mientras los que venían,

esos pequeños herederos,

en su mente concebían:

Que Dios, también, existe,

en el Cielos y en la tierra;

y en nuestras casas, viviendo.

¿Ser, o no ser?: Dilema

que a mi mente asoma,

para comprender el tema

que entre las personas disloca

ese pensamiento puro;

de creer en esa cosa,

de Dios y de los Ángeles,

de la Virgen y los Santos

sin ser remota

esa idea en nuestra frente,
en nuestra cabeza explota
esa idea por ahora.

Esperé, y esperé
a que saliesen de allí,
de su visita esa escuela;
pues estaban visitando
la Oficina de Correos
para fidelizarse con ellos,
con esas cosas de la Posta,
con esas misivas tan buenas
que de vez en cuando recibimos.

Llegaron después de un rato,
llegaron cerca de mí;
y como estaba en un banco
en el paseo sentado,
ellos también se sentaron:
Pues estaban, ya, cansados,
que lo dijo la maestra.

Jugaban, saltaban y no sé
quién estuviese más cansado:

Si la maestra o ellos;

pero que al momento pude ver

a dos chicos enredados

en una pelea por algo.

Me acerqué y se acercó

aquella maestra al sitio

donde estaban los dos

chicos peleando.

-. Que si era mía, o no,

esa canica que tienes;

que la otra me pertenece

y no te hablaré jamás,

por cien años que tú vivas

y que vivas tú en paz.

Su deseo, le decía, aquel chico

al otro, que por lo menos quería

viviese en paz y con dicha:

¡Qué cosa grande oí!.

No le deseaba el mal;

todo lo contrario,

que le fuese bien en la tierra

aquel chico le decía
al otro chico que viviese
en completa armonía.
¡Qué paz interior tenía!;
aquel chico en su cuerpo,
qué buenos sentimientos
en cuanto él le decía
al otro chico todo esto.
Pensé, que no se terminarían
las creencias en la tierra;
mientras hayan y existan
familias completas
con esos pensamientos puros
infundiendo a sus críos
esas buenas ideas.
Pero, si entre la chiquillería,
había dichos sentimientos:
¿ Del Mundo qué sería?;
si estaba todo completo
en ése grandioso día.
Vi porque derroteros
el Mundo, siempre, iría;

iría por la senda de Dios,
de su hijo que es Cristo
y de la Madre de todos,
de todos nosotros;
como he visto.
El Mundo sería eso,
lo que ellos querían
y querían que fuese
un compendio de virtudes,
un derroche de ilusiones.
Aquellos chicos me hicieron
sentirme bien en la vida,
en ese tiempo que estuve
oyéndolos decir esas cosas;
como que Dios existía
en su grata memoria
de ése chico que decía,
que también existían
los Santos y la Virgen
en bella compañía
de Cristo allá en los Cielos.
Me sentí, yo, orgulloso

por ver que ellos tenían
un conocimiento sublime,
para ver con ilusión
que hay alguien superior
a nosotros;
alguien que se llama Dios
y con Él a su hijo,
Cristo y su Santa Madre
a la que llamamos Virgen
bendita, en todas las partes.
También se dan sentimientos
de amor y querer
al prójimo,
de ayudar a las personas
cuando éstas lo necesitan,
sin que te hayan llamado;
pero acudes, tú, ayudarlas,
predispuesto y con agrado.
Noté yo en aquel día
que mi Espíritu vivía
su mejor día,
noté que se me abría

un sexto sentido,
que a voces me decía:

Aplicáte tú esto.

SUBIENDO MONTAÑA

No crean que no anduve
por aquel campo escabroso;
pues se estaba aproximando
al principio las estribaciones
de aquella alta montaña.

Y mientras más subía,
más escarpado tenía
aquel camino al principio,
que luego se perdería
para conmenzar a escalar
esa monmtaña enorme,
ese macizo que había
en aquel lugar
que yo cuento.

Sudores y más sudores,
dolores y más dolores;

los músculos se desgarraban
y hasta la respiración perdía
por momento, en la montaña,
creyendo que no podía
subir a su cumbre, mi cuerpo.
Se me caía hasta la baba,
las manos agarrotadas;
sangrientas por aquellas peñas
a donde yo me agarraba.
No lo había hecho nunca,
cuando yo me embarcaba
en ése acto de empeño;
por subir a la montaña.
En medio de aquella mole
miré para arriba y vi
un Águila plateada;
y digo mas bien
plateada, por el Sol
que a ella la daba.
Su plumaje brillaba
con un color especial;
allí en la alto del todo,

aquel Águila estaba.

Miraba para abajo
con quietud imaginada,
como si quisiera decir;
aquí me encuentro yo
en la cima más alta:
¿Haber quien puede lograr
llegar, donde he llegado?.
Mi coraje fue creciendo
mientras yo avanzaba,
logrando llegar a la cumbre:
Maltrecho y escarnecido,
por aquella gran montaña.
Me dejé caer allí mismo,
me derrumbé yo solito
y mi pensamiento no estaba,
en éste Mundo, con tino;
que yo no pensaba en nada.
Respiraba, respiraba
ése aire tan puro,
en aquella cima que estaba:
Respiraba, respiraba

ensanchando los pulmones,
que vida a mí me daba;
ése aire, ésa brisa, ésa aureola
gloriosa por subir a su cornisa.

Me recuperé un tanto
estando en éste trance;
cuando yo en todo pensaba:

Comencé a ver los hechos,
esa gesta victoriosa,
que aquel día hice
al subir a la montaña.

Me sentí alguien en la vida,
al verme allí tan alto;
pero al momento se me caían
los palos de aquel sombraje,
cuando miré a lo alto.

Volví mirar a lo alto
y entonces me di cuenta
de que yo no era algo;
que no valía tanto
como yo había pensado.

Otro Ser más superior

se encontraba encaramado
a otros riscos, en la sierra,
a otras peñas más altas;
me puede dar cuenta
que en el Cielo Él estaba.

¡Ay!; por Dios, donde se encontraba
aquel SER que yo creía
se encontrase conmigo
encima de la montaña.

Y es que todavía hay algo
más superior a la persona
y la persona no quiere
pensar en esa cosa;
pues el bosque le ciega,
ese andar en la vida,
esas gentes, que afligidas,
le tapan a él el camino;
sin ver esa senda furtiva
para su digna persona.

Sales de la masa del pueblo;
de esas gentes que te ciegan,
no dejándote ni ver

ésa senda que te lleva
a Cristo y a su Madre,
con Loores tú la rezas.

Esa senda es tu bien,
tu Alma, Espíritu
y tu mirada completa;
aquí en la tierra

ha de ser

ésa senda la que te lleva
a ser, tú alguien en la tierra.

Esa montaña te enseñó

a no tener orgullo,

a ser noble y humilde

entre los tuyos;

pues nadie se merece ser

un dios al que se adore,

un Pachá en la tierra,

un grande entre los grandes

por ser persona cualquiera

entre todos los mortales

de ésta bonita tierra.

Te has de acostumbrar

a ser un número tópico,
en cuanto se hable de allá,
de allá los Cielos Sagrados,
de Cristo y su bondad,
de su querer a las personas
como Él nos pueda dar.

No digo yo que seas
un desecho de virtudes,
aquí en ésta tierra;
pues tú te afanas y llegas
a ser un perfecto profesional,
que ya es mucho, te lo digo;
ya es para ti demasiado,
haciéndote comprender
entre los que te rodean.

Pero a lo que me refiero yo;
es que no quieras ser
igual que el Altísimo,
a donde tú no puedes llegar
por mucho que lo desees:
Por ser persona mortal.

Qué pequeño me encontré,

en aquella cima, que nunca
me había encontrado allí;
con esfuerzo yo llegué
y con sudores de muerte,
pero cuando yo lo pensé;
me vi alguien en el Mundo,
me consideraba ser
el galán más profundo
de aquellas concavidades
que las cuevas me ofrecían
para guardar mi Alma,
en esas grietas que habían.
Sentir mi Alma elevarse
por entre la montaña;
sentí lo que no sentí
subiendo yo por las rocas,
sentí arriba que sí,
que mi Alma se disloca
de alegría y pacer:
¡Ay!; Madre mía, lo que sentí.
No quise ofender a Dios
por sentir yo aquello;

que mas bien con pudor
lo que sentí en mi cuerpo
pensando yo que era alguien
querido por los demás,
sin pensar en Cristo para nada
y ahora pienso yo,
Pienso si yo le ofendí;
¡que me perdone, OH, Dios!;
que no te quise ofender
creyendo que soy yo
tan alto como las estrellas
y tan firme como las rocas.
Perdóname si te ofendí,
que aquí me encuentro yo
de rodillas ante ti;
pidiéndote yo perdón.

DE VIAJE

El cha, cha, cha del tren,
pero ahora no es
otra cosa que un buen coche,

o un tren comfortable;

no como los de antes.

Cada cosa en su tiempo

y en cada tiempo lo suyo;

que ahora hay más confort

en un soplo, en un suspiro.

Me senté yo en mi asiento,

de esos que se llaman AVE;

de los que parten el viento

por esos caminos de hierros,

que corre más que las aves.

Confort tenía un ciento

de maravillas para las personas;

hasta pude visitar

yo su cafetería

tomándome un refresco,

de esos que forman clase

por su gusto y por su vista.

Miraba por la ventana

de esa cafetería;

veía como las personas

que desde ella se veían

dirigirse para algún sitio
elegidos ya por ellas.

Observé como una niña,
también, me acompañaba
mirando por la ventana.

De vez en cuando hacía gestos
desenfadados en la cara,
con una expresión viva
demostrando lo que pasa;
esa idas y venidas,
a cualquier parte andaban.

Se veía no la gustaba
ese ajetreo en la vida
de esas buenas gentes
que estaban

buscando su medio de vida:

De aquí para allá andaban.

Me fijé más en ella
y vi como se Santiguaba,
no aceptando tanto ajetreo,
que se lo noté en la cara.

Yo me pude santiguar,

al ver aquella expresión

en la cara de ésa niña,

estando ella asustada.

Pensé que no podía ser

se esfuerzen ésas personas

tanto en el Mundo

sin pensar en qué pasaba

en ése Mundo, que digo;

sin compañía grata,

sin alegría en la cara,

sin bondad en las personas

para ayudarse sin trabas.

Pensé que no podía ser

se diese ese desbarajuste,

como tienen las personas;

las unas con las otras,

en sus Almas.

¿Es que no podía haber

alguien más superior,

que Él uniendo

a ésas personas en el Mundo,

con cariños de hermanos?.

Pensé; tal vez no lo habría,
en cuanto pasan estas cosas
que no merecen decirlas,
por no ser cosas dichosas.
Pasa; que no se quieran,
en el Mundo, las personas:
Que se repelen y odien,
con un odio fuerte
que de su pecho las salen
y no pueden querer
a su prójimo, por supuesto.
Pienso y pensaba ella;
La niña de la ventana:
¡Jesús!; que ajeteo,
de aquí para allá
se pasan
éstas gentes en la tierra
buscando, ellos, su sustento.
Nadie ve más para allá
de sus ojos y su nariz;
pues la riqueza los mata,
los lleva por senda perdida

y perdidos ellos se encuentran.

Tal vez aquella niña
se encontró así misma;
pues elevó la vista al Cielo
y una plegaria decía,
que la escuché al momento
diciendo: ¡Vaya la gloria,
que fracaso aquí en el suelo!.

Recapacité al momento,
al ver a sus padres tranquilos
tomarse un refresco,
no pensando en nada;
en cambio la niña decía:
¡Vaya asco, aquí por cierto!.

¿Quién lo haría mejor:
si la niña o ellos?;
esos padres que vivían
con alegría y sin freno
en sus vidas de portento,
de tener o no tener
algo en la tierra presto.

Pensé, que esa niña

mejor lo estaba haciendo;
con ello, ella cumplía
el mandato de los Cielos:
Quiere y ama al prójimo
como a ti mismo.
Y haciendo un gesto luego
se fue a sentar
cerca los padres, con ellos,
se miraba así misma
y otras veces los miraba
a ellos, con cara de no saber:
Qué está, allí, haciendo.
La respuesta nos la trajo
el aire, aquel viento
que al paso de ese tren
se movía por momento
un huracán enorme;
moviendo árboles y plantas
a su paso del convoy.
Eso sí que era cierto,
que cuando más fe
se tiene en algo;

más potente se encuentra

uno en la tierra,

para acometer esa cosa

que su persona le obliga

hacerla sin demora.

Mas sin demora

se obligó

ayudar a una persona;

cuando sequitita su boca

llegaba pidiendo agua;

agua, ¡por Dios!,

y el barman

con mucho atino

la dijo si quería más

cuando se la hubo bebido.

NO SÉ CÓMO SUCEDIÓ

iba andando por la calle

sin rumbo ni templanza,

iba sin pensar en nada;

en las cosas que me oprimen,

me oprimen, a mí, el Alma.

Iba; por no decir venía
con mi pesar a cuesta,
de aquellas cosas que veía
y no me gustaban nada;
por las cosas que se aprestan
a pensar en ellas solas.

Un mendigo, él, pedía
en medio la calle limosna,
no echándole a penas nadie
en el bote una dádiva
de calderilla y pasaban
todas las personas,
sin que le mirasen
y alabasen
para hacerle, a él, grande:
para que su espíritu se alegrase.

Mas créanme, que pasé, yo
por aquel sitio
sin mirar aquel mendigo;
pero cuando miré para atrás;
vi a una anciana dándole

un billete, con esa gracia,
que es una gracia impar.

Y todavía decía,
la anciana al mendigo:
Esto, yo, lo llevaba
para la compra la cesta;
pero sino como hoy,
hoy un acto he hecho
que me queda satisfecha.

Volví para atrás,
sobre mis pasos andando,
y al mendigo yo le di
otro billete por mi mano.
No podía pasar el hecho,
que vi hacer a la anciana;
pues en ella se veía
que no tenía otro billete
y en mucho tiempo tendría.
Se veía en aquella anciana,
que tal vez quería
no pasase ése hombre
lo que ella hubo pasado,

pasado un mal día.

Qué grata que es la vida

para algunas personas;

pero para otras,

que ingrata es la vida

cuando se carece de todo

y no se tiene una mano

que le eche a uno

una limosna enseguida

para paliar ese medio,

ese medio de vida.

Qué alegría alguno

viviendo sin ningún problema,

que alegría yo viendo

que éste Mundo se aqueja

de algo banal en la vida;

pero si en cambio yo veo

que el que se queja es de veras,

que su queja fructifica

esa visión maldita

en esta tierra de enfermos,

yo con él, también, me aquejo.

¡Qué alegría, qué placer!;
sintiendo que somos felices
por nuestra posición social:
pero cuando mira uno para atrás
y ve esa gran pobreza,
yo no puedo respirar
estando sumido en ella.
Pero, eso si; menos mal,
que los mandatarios ponen
medios a los mendigos
con albergues y comidas,
que por sus manos los dan.
Están algunos días en su sitio,
y más tarde en otro pueblo,
otros días pernoctarán
esos indigentes, queridos
por esta gran sociedad.
Y he sabido, he sabido
que hasta los billetes los dan
del tren para que ellos puedan
volver a su pueblo, en paz.
La sociedad está construida

con delirio de bondad;
para todos nosotros,
sus súbditos, en buen compás.
He sabido, he querido
hablar de las gentes menudas,
contar sus alabanzas
en Cristo, en la Cruz,
en su Madre y su bondad.
Rezo a ésa Virgen preciosa,
la rezo con una fe
que del corazón me sale
y me sale por querer
a las personas, mi prójimo,
como a mí mismo, también.
No digo seamos hermanos,
ni parientes, ni allegados;
pero sí digo que tienen
en su cuerpo ese hado
que allí permanece
sintiendo, ellos, un algo
de compasión y cariño
que los tenga siempre la historia.

No digo, que haya que ampararlos

como a nuestros hijos;

pero sí digo, que cuando veas,

veas tú a un mendigo

te pares a considerar:

Que tal vea hubieses sido tú

el que pusieras las manos

diciendo: Una limosna, ¡por Dios!.

¿Qué tal te hubiese sentado,

si tu persona en el suelo,

medio apostado y acostado,

pidiese a los transeúntes

un algo para tu sustento?.

Acuérdate que también Cristo

pidió desde la Cruz:

Ahí tienes a tu hijo

y con él a todas las personas

que en éste Mundo han sido,

serán y son en la vida;

hijos de ésa Virgen.

EN BUSCA MI ORIENTACIÓN

Después que supe por dónde

tengo yo que ir;

qué senda tengo que coger

para llegar a la meta,

me pongo yo andar

ese camino,

que me lleve hasta Ella:

La excelsa Madre de Cristo,

esa Virgen de promesas.

Sé por donde seguir

yo la senda esa,

que me lleve hasta su regazo;

su manto bordado en oro

al pie de su Altar postrado

la pido yo que me ampare,

en ése manto divino.

Las aves extienden las alas

para acurrucar a sus polluelos;

tú me extiendes tu manto

para protegerme de ellos,

de ésos hombres que llegan

cerca de mí sin creencias:

Alíviame, madre mía;
alíviame en mis penas,
en mis males y en mi Espíritu,
alíviame ante tu presencia,
que yo te seguiré en la vida
buscando amparo y demencia
ante tu excelsa figura
de una Madre que es pionera
de tantas personas en la tierra.

Con luz infinita vi
el camino que me marcas,
con fe yo pude ver
ese sendero de espinas,
de abrojo y tortuoso
que tengo yo que andar
para dar constancia de ti,
sin que me tiemble la mano.

Creo y creo firmemente
en la constancia los Cielos;
para ver unidos a todos
sus buenos hijos en hechos

que son la felicidad
en la tierra
y la vida, en el suelo.
Creo y creo que existes
patente como ninguna
otra madre en la tierra,
estando tú en el Cielo.
He visto tu bondad divina
derramada por el suelo;
por entre todas las personas
que te quieren con desvelo,
con esa desmesura
de cariño de un hijo
y devoto por cierto.
Perdóname si te ofendí
yo algún día con mis hechos,
y menos con mis palabras
que me salen de adentro,
de adentro mi ser, me salen
esas palabras diciendo:
¡Que viva tanta hermosura!;
como la que tú tienes,

que sí,

que viva la Virgen pura,
ésta Virgen que es de aquí,
de nuestro pueblo
y con ternura
la vamos a recibir.

¡Que viva, la Virgen preciosa!,
con su manto florido,
con esa corona de gloria
y esas manos de princesa
y esa mirada de moza.

No me estaba dando cuenta, no;
pero cuando yo miré
en mi lado había cien
personas aclamándote
por haberme oído a mí
aclamarte con gran fe.

Muchedumbre, que en la Gloria
se puede comprender
sea tu grata persona,
para nosotros también,
un torrente de virtudes,

un castillo en lo alto,
una alegría impar
queriéndonos y amándonos
como a hijos, por igual.
Cariños hay en la tierra,
cariño y bondad
de algunas madres
que crían contentas
a sus hijos en la tierra:
Pero como tú no hay
queriendo a tantas gentes
como a hijos tuyos
y te canto imponente
una canción que se apresta.

CANCIÓN

Cariño como el tuyo
no lo hay en la tierra,
ese cariño es mucho
para que se de en ella.
Tus cuidados imploramos
y tu bondad respetamos

para que se cumpla dichosa
las enseñanzas de tu hijo,
de Cristo en ésta tierra.
Ser o no ser contigo,
te digo que siempre era
uno con este cariño,
tus hijo que tienes en la tierra.

Muchedumbre unos pocos
privilegiados por Ella,
por ésa Madre tan buena;
por ésa Virgen sagrada,
por ésa bendita estrella
que nos guía en nuestro destino
con afán de Madre buena.

ENCONTRÉ LA FE PERDIDA

Rodando, rodando, rodando
por la calle encontré
yo la fe perdida;
en las gentes humildes

que me pueden comprender.

Rodando, rodando, rodando

di con mi destino formal;

que no era otro que fuese

en pensar en los demás

y con eso en mi Dios,

en la Virgen Sagrada

y en las cosas con amor,

con fe y con lealtad.

Sin verle creo yo

que ha existido y existirá;

sin verle doy yo fe

que existe Dios,

con toda su potestad,

su pompa y palafrenaría

de decirle siempre a Él:

Soy tu fiel seguidor

en tus bellas enseñanzas.

Soy ésa persona en la vida

que no te pide a ti nada

para poderte seguir

con ese cariño y ardor

que me sale de mi cuerpo
y mi cuerpo es un volcán
con llamas de mil amor.
En éste pueblo llano y puro
yo en él lo encontré;
encontré yo en él mi fe,
que hube perdido en tiempo,
en ésas gentes la encontré:
Encontré yo allí mi fe.
Ternura, amor, ternura
yo también encontré
entre ésas humildes gentes
que van ellas a pie;
de un lado para otro,
acuesta con su gran fe.
Sentí yo una dicha,
sentí yo un placer
que no sé describirlo
por lo grande que es
ese momento en la vida,
en que encuentras tú la fe.
La tenía yo perdida

por los hechos de la vida;
por esa vida de confort,
de tener o no tener,
pero hubo un momento
que yo comencé a tener
esa fe que llevo dentro
y calmado ya mi Espíritu,
mi sentimiento decía:
Que se calme ya todo
mi ser por completo,
que si yo ya tenía
con qué sustentarme en la vida
ahora pensase en mi otro
ser que el tenía
hambre y sed de justicia,
de pedirte a ti perdón
por las faltas cometidas.
Espero me perdones pronto
mis pecados en la tierra,
para poder acceder
al Cielo cuando me muera.
No quise yo ofenderte;

me dirigía para otro
camino que no era éste
el ir hacia a ti, ¡mi vida!
Las personas somos gentes
en ésta maltrecha vida:
Si tienen te aman todas
y si no tienen te abandonan.

Prosperidad y bienes
desea ésa persona,
para tener asentado
su Espíritu en la tierra
y pensar él con cuidado;
de dónde viene
y a dónde llega.

¿Lo que son los bienes terrenales?;

esas cosas que no te deja
pensar en el más allá
y sólo tu piensas
cuando tienes prosperidad,
grandeza y opulencia.

Calmado y sentado tu Espíritu,
tú mas bien piensas

en otro Mundo superior,
en otro espacio que existe,
según tus creencia,
más para allá de éste
espacio que te rodea.
Soy ingrato contigo;
sobre todo algún tiempo,
en que yo me veía asfixiado
no pensando yo contento,
por tanto no recapacitaba
si tú estuvieses en la tierra
aunque las cosas me enseñaban
que tú estabas en ella.
Fui ingrato contigo,
sin pensar en tu persona;
por las cosas que me desvelaban;
por esos hechos en la vida
que provocan malestar
y no te deja pensar
si puede haber alguien más
superior a tu persona:
¡Mira que existe Dios!.

No te confundo, no;
que quiero que tú lo sepas,
quiero dar al Mudo entero
fe y constancia de ello:
De que existe algo más superior,
que nuestras pobres Almas;
más elevado en la tierra.

FIN

CRÍTICA A LA OBRA HECHA POR EL AUTOR

Siguiendo con las enseñanzas de nuestros educadores religiosos, hago un detalle por la vida en forma de andar por el Mundo y voy buscando la FE que de mayor se ha perdido. Para ello voy analizando cada paso que doy, encontrando en cada uno de ellos un atisbo de fe; de que hay algo superior a la persona humana, hombres y mujeres, por lo cual sin ese conocimiento no puede vivir la persona humana.

Es un canto, toda la obra, a la espiritualidad de las personas a ese subconsciente; en que empleando el Ego propio y sin dejar en ningún momento de emplearlo, ve en los hechos de la vida la mano de Dios.

Aunque lo versifico en primera persona, no es mi caso; pues creo tener muy arraigada dichas creencias.